

LA BICICLETA
revista cultural
VERANO 83 \$ 100 IVA INCL
chile

CUENTOS

PARA LEER ESTE VERANO

22



dibujo de Palomo, intervenido por mí (M)

contados por

- skármeta ● cortázar ● benedetti
- camus ● hemingway ● paveese

EN NUESTRO PROXIMO ESPECIAL

APRENDA a tocar GUITARRA

con

**violeta parra
silvio rod r guez
los beatles
los jaivas
serrat
víctor jara
pablo milanés
eduardo gatti
osvaldo rod r guez
jorge y  nez
 scar andrade
zitarrosa
santiago del nuevo extremo**



APARECE EL 24 DE MARZO

este especial



CUENTOS PARA LEER ESTE VERANO, de guata al sol (o al esmoc), de espaldas, a horcadas o de hinojos, en posición del loto o al lote.

La aptitud del hombre para contar cuentos es tan proverbial como su disposición a que se los cuenten. Atendiendo a esta arraigada costumbre, reunimos en este especial seis cuentos buenos (pero realmente buenos), que te serán contados por tus propios ojos según los deslices.

Dividimos democráticamente el mundo en dos: el

norte y el sur y tomamos tres y tres cuentos de ambos mundos. Pero los mundos se entremezclan y los cuentos transcurren y sus autores viven y escriben acá o allá, según verás en la presentación de autores. La simetría, entonces, se mantiene.

Lo depositamos en tus manos —no sin recibir a cambio módicos \$ 100—, contentos de establecer esta nueva complicidad: nosotros te contamos estos cuentos y tú disminuyes tu presupuesto en la cantidad antes citada.

Selección de textos y presentación de autores de antonio de la fuente

DIRECTOR: Eduardo Yentzen; **Subdirector:** Alvaro Godoy; **Jefe de Redacción:** antonio de la fuente; **Jefe de Arte:** Nacho Reyes; **Diagramación y Montaje:** NR, Alejandro Lagos, Patricia Norambuena; **Fotografía:** Miguel Angel Larrea, antonio de la fuente; **Secretarías:** Gladys Muñoz, Cecilia Moreno; **Administración:** Jorge Pérez; **Gerente:** Paulina Ellissetche Hurtado; **Representante Legal:** Eduardo Yentzen Peric.

LA BICICLETA es editada por el Colectivo **La Bicicleta:** Paulina Ellissetche, antonio de la fuente, Alvaro Godoy, Gladys Muñoz, Nacho Reyes y Eduardo Yentzen; y es propiedad de Editora Granizo Ltda., e impresa en sus talleres, ubicados en José Fagnano 614, con casilla 6024, correo 22 y fono 2223969, en Santiago de Chile.

Los artículos y cartas firmadas son de responsabilidad de sus autores. La revista no comparte necesariamente sus contenidos.



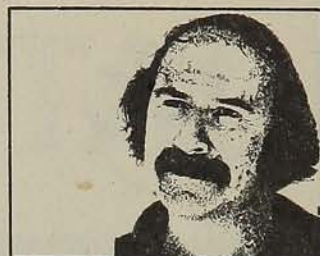
SUSCRIPCIONES: Santiago y Valparaíso: Anual: \$ 970, semestral: \$ 490. Arco Ltda., Santiago: Bellavista 220, dpto. 11, fono 372487. Viña del Mar: 15 Norte 1045, Block A-6, dpto. 42, fono 974899. Resto del país: Anual \$ 1.320; semestral \$ 660. Exterior: Anual US\$ 34; semestral US\$ 17, Honoraria: Anual US\$ 36; semestral US\$ 20. Casilla 6024, correo 22; Fono: 2223969, Santiago de Chile.

DISTRIBUCION: Alnavillo Ltda., Juan Enrique Concha 302.

sumario

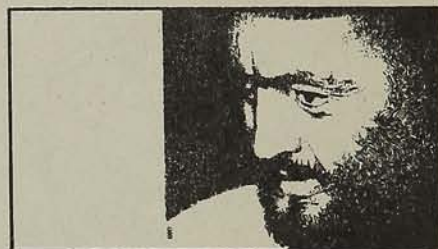
uno de amor
LA CENICIENTA EN SAN FRANCISCO
Antonio Skármeta

3



uno crepuscular
CAZADOR DE CREPUSCULOS
Julio Cortázar

14



uno de fútbol
PUNTERO IZQUIERDO
Mario Benedetti

16



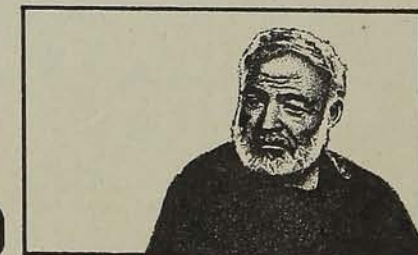
uno de adulterio
LA MUJER ADULTERA
Albert Camus

20



uno de guerra
EL ANCIANO DEL PUENTE
Ernest Hemingway

30



uno del río po
LA CHAQUETA DE CUERO
Cesare Pavese

32



uno de amor

LA CENICIENTA EN SAN FRANCISCO

antonio skármeta



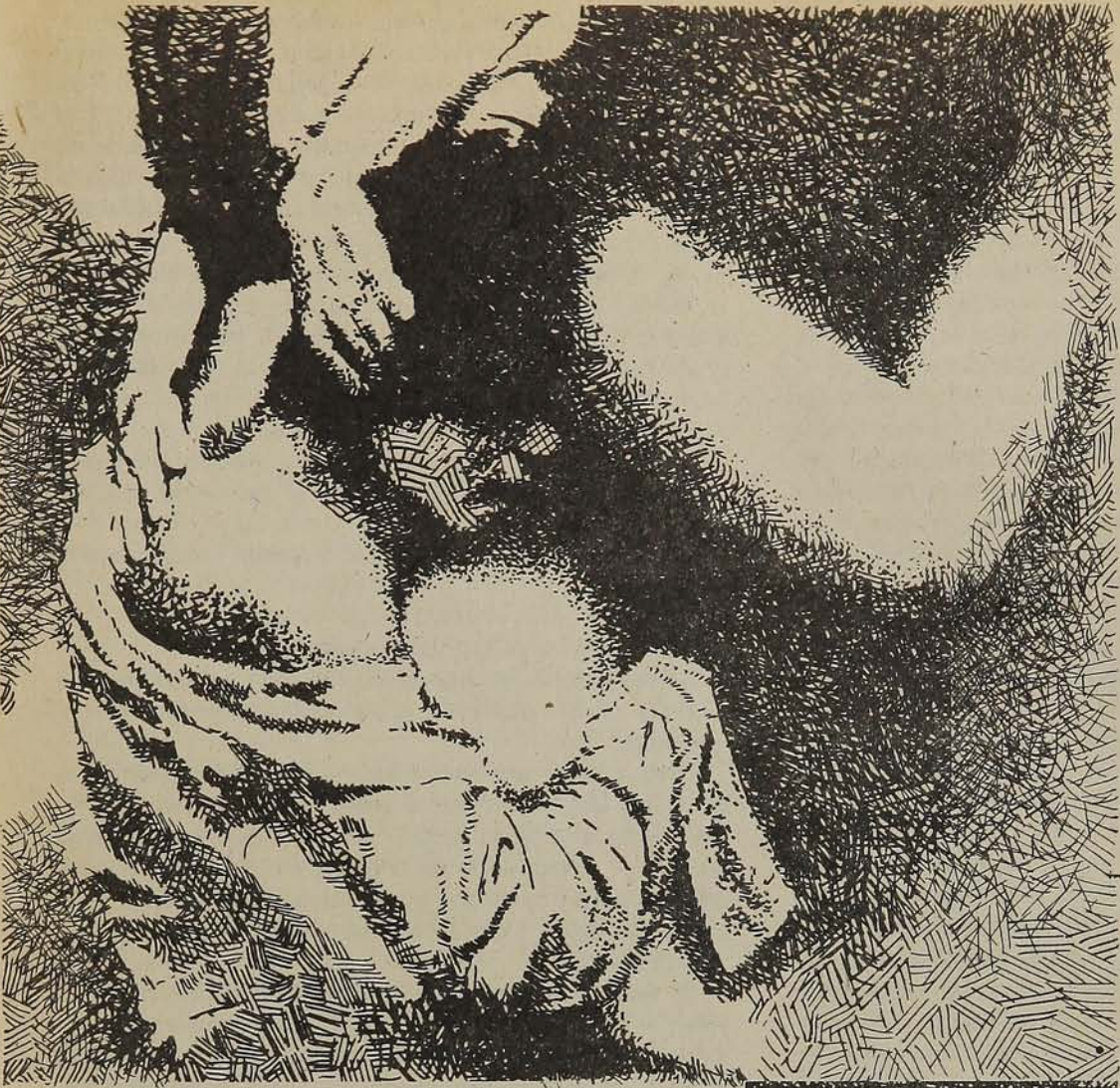
Así que cuando Garth Winslow y Suzie Sun sacaron la guitarra del desvencijado armario, y Winslow se escupió las manos y afinó un minuto después la guitarra tocando un prístino "la" en la primera cuerda, y Suzie no hacía otra cosa que humedecerse los labios que la flácida cerveza americana había secado al fluir entre sus dientes, y todo parecía indicar que el asunto iba a andar bien, y que Winslow estaba dispuesto a poner patas abajo el mundo y

estacionar el corazón en su justo lugar, y después de cantar esos *blues* y canciones mexicanas no cabía duda que entraría airoso en el cuerpo de Suzie Sun descargando su amor al mundo acumulado en las pacíficas noches de Roble Road, sobre la meseta de Berkeley, y sería recibido amablemente, me dí vuelta hacia Abby, que agujereaba una lata de la sucia cerveza *Blue Star*, y le dije en un perfecto y natural inglés que "bueno". Este bueno indicaba a la mano

de Abby, que ahora extendía sus delgados dedos sobre mi mano y los oprimía haciéndome sentir la fragilidad de sus huesos, que aceptaba ir con ella hacia la escalera de servicio del edificio, treparla, embromar a los pacíficos vecinos que reposaban de sus tiernas actividades en sincopado y ruidoso diálogo sobre las almohadas con los crujidos de sus apolillados escalones, y alcanzar así a lo que ella llamaba con sugerente voz el *attic* y que resultó ser, cuando estuvimos arriba, un mugriento y adorable entretecho igual al de mi tía en su casa de tres pisos en Santiago. Solo que aquí tú veías la bahía de San Francisco, y cuando la noche empezaba, la noche clara de San Francisco, si entrecerrabas los ojos y mirabas por la ventanilla, que tuviste que limpiar pasándole los dedos para lograr una visibilidad aceptable, la multitud de coches que atravesaban el puente que une a la península con Okland y Berkeley, donde esa misma tarde me había echado una despanzurra siesta en la casa de J.L. Stevenson (hecha pedazos y poblada de perros pulguientos que René Deans amamantaba con maternal ternura, la misma de J. Stevenson, el cochino pirata del que me había tragado una tarde de infancia en Antotagasta su *Isla del Tesoro*), parecía un movimiento de cosas como estrellas, lagartos luminosos, gigantes reptiles que hicieron bien a mi alma. Y después le hicieron mal, porque evoqué con una especie de extraña intensidad una leyenda mapuche que dice que aquel niño que ve una noche por primera vez luciérnagas sobre las matas del maqui y la segunda vez parece no saber lo que las inquietas vibraciones lumínicas del aire significan, no las reconoce como luciérnagas, hijas de dioses opacos y subterráneos, no tardará la muerte en enredarlo, y generalmente es una crecida del río, y el cuerpo flotando golpeando contra las ramas quebradas de la ribera, o la casa desierta y la madre, sin una mueca en el rostro, esperando meses que el hijo baje de los cerros, el hijo que ella sabe reposa en las vísceras de un puma que se lo ha almorzado sin asco, o petrificado, cercano al volcán, tallado en la nieve de la majestuosa montaña que nos dio por baluarte el señor. Y eso fue lo que hizo mal a mi maldita alma, porque San Francisco me tenía cogido en su enigma, en su ciudad de muerte, nutriendo su bestial heroísmo del misterio, de las luces arrancadas al enigma por la gente que se ama silenciosamente, sin hacer alardes, demasiados sabios para tirar a la broma la vida.

Saqué los ojos del puente y me dí vuelta hacia Abby que me miraba concentrada, pensando quizás qué diantres era lo que me pasaba por la cabeza que me hacía parpadear con las cejas fruncidas y meterme distraído los dedos en las narices y rascarme los pelillos interiores, hasta sacar algunos y limpiármelos sobre el pantalón. Intenté ver si en la habitación había algún diván, o una alfombra o cualquier cosa blanda sobre la cual echar a Abby para que no se ensuciara cuando me echase encima y le contara cierto secreto con el aliento y la alegría de un cuerpo compañero, destrozándome en gotas grasas y gelatinosas que se anidarían con ternura en el hogar estrellado del planeta. Pero lo cierto es que no había allí ni siquiera un ejemplar del *San Francisco Herald Tribune* que pudiésemos extender y hacer las cosas como un par de seres civilizados. Al mismo tiempo me bajaron grandes ganas de hacer orina de cerveza yanki, y me daba no sé qué arrimarme a la pared y hacerlo delante de Abby, y entonces, pretextando una extraña necesidad de soledad en un inglés que ni el mismísimo diablo entendería,

la abandoné, fui hasta la escalera, y oriné como un gran señor sobre cada uno de los peldaños. Luego, sólo por hacer tiempo, pasé el pie derecho sobre la charca y traté de limpiarla por lo que pudiera pasar. Descendí a tientas, sintiendo en mis manos el polvo fresco de la baranda y llegando al entrepiso, cogí la caja con seis cervezas que se me había ocurrido traer por si se nos secaban las gargantas. Cuando volví al entretecho, Abby estaba apoyada contra la ventana, el rostro vuelto hacia el interior del cuarto de modo que los reflejos venidos de las luces exteriores, semáforos y luminosos, eliminaban sus rasgos y diseñaban a gruesos trazos sus formas. Uno no sabía si era la misma Abby que había dejado allí minutos atrás, o una niñita de ocho años mirando entrar, desde su mundo infantil, a su cueva al oso que yo parecía ser envuelto en mi chaquetón marrón con cuello de pieles. Como sea, la imagen suscitada en mí, la presa justa para el animal desarraigado hambriento de ternura, alteró mis pasos nerviosos, y abriendo ambos brazos como dispuesto a ahogarla en un apretado encuentro, empecé a caminar hacia ella levantando las rodillas y marcando con estrépito los aletargados troncos como vi alguna vez que lo hacen los osos que trabajan en las películas. La muchacha se echó a reír sin ambages, poniéndose las uñas sobre la boca, gesticulando como atemorizada, aunque sin moverse, con gestos que ahora lograba percibir habituado a la penumbra, y agradecí en silencio que ella continuara este juego, esta especie de jungla que había establecido con el propósito de poderla coger primero, como jugando, y luego apretar mis piernas contra sus muslos y luego besarla en la boca y tocarla en los senos, a ver si resultaba algo de todo eso. Cuando estuve a un paso para acentuar la emoción del momento me detuve y me golpeé la caja torácica con ambos puños acompañando la acción de ciertos supuestos gruñidos de oso hambriento. Luego me acerqué más aún y mientras ella se apretaba contra la pared lancé como zarpazos los brazos intentando aferrarla. Justo en ese momento se escurrió y fui a dar de cabeza contra la pared en tanto la muchacha corría presurosa a refugiarse en la esquina opuesta de la habitación, burlándose del pobre animal que como un crucificado se apoyaba sobre el muro y asomaba su cara risueña por la ventana, mirando otra vez las luces de los autos sobre el puente y el inmenso luminoso *Hertz Rent a Car* que había sido encendido a la distancia. Aquí se me hizo presente que el juego cobraba dos alternativas; me ponía a perseguirla por toda la habitación gruñendo y saltando como un oso eficiente hasta atraparla y tirarla al suelo, o bien me quedaba allí, contra la ventana, simulando un llanto de oso grande pero bueno que le gustaba el mundo pero no sabía qué diablos hacer en él; sin encontrar desde hacía un mes una presa que le facilitara hacer las cosas y le compartiera sus virtudes celestiales acogiendo al animal en el hogar estrellado del universo, encarnando al monstruo en su ser, liberándolo por un buen tiempo de la madrecita soledad que tan mal venía tratándonos a nosotros pobrecitas creaturas del Todopoderoso. La imagen me fue penetrando, calando hondo, sentí como de golpe mis nervios se desplomaban y un efectivo y real sentimiento de tristeza, de chileno sentimental e hijito de su papá y de su mamá, comenzaba a desalojar al chileno cabrío y gritón, a suavizarla en la garganta las palabras mudas del castellano áspero con que maldecía y alababa el universo, y le introducía por



ele



los músculos del cuello y probablemente por los ojos castaños, levemente abiertos, una cosa que bien malditamente sabía que era la tristeza, como un dinosaurio acechando, esperando el justo momento para elevar su sagrada patita y depositarla sin piedad a la primera cedida, al primer bajar la guardia del corazón. Con la frente apoyada en el vidrio, sin hacer un gesto, la tristeza, lenta y enorme, empezó a manar desde mi nuca hacia atrás, por los agujeros del chaquetón, desde el fieltro de mis pantalones bendecidos con la grasa de las *pannes* de nuestro Plymouth 49, buscando el preciso blanco de la mano de Abby que acechaba muy cercana a mi espalda. Si alguna fe tengo en los dioses, me la acaparan sin duda los dioses resignados del silencio, los quietos dioses que interceden para labrar el lenguaje terrícola, animal, primitivo, coloquial sin diálogo, hiriente, atractivo como los límites de la razón, cada partícula del cuerpo emitiendo señales del hombre cocinado en la salsa de su propio enigma, testimoniando allí, con un leve temblor de los dedos, con una cierta luz en los ojos, con un modo de caerse y erizarse el cabello, con una manera honesta de sentir los genitales, con una suerte de temblor de los músculos de los brazos, y de los pómulos, y de los músculos del trasero y de los huesos de las piernas, desplazados de su independencia y bañados de uno mismo, haciéndote saber que la rótula es tuya, y el peroné, y los cartílagos, y las arterias sonando y tú escuchándola fluir y golpetear la sangre contra las venas, y las contracciones y dilataciones del esfínter, y el roce de la saliva cargada del sabor agrio de la cerveza raspándote las amígdalas, y toda la azul maravilla de tu cuerpo y de tu alma que testimonian el enigma, esgrimiendo como una ridícula joya tu angustia pasajera, tu sin sentido no tan pasajero, y tu estilo honrado de existir, que maldita sea su grandeza, doliéndose aún hasta de lo que no se tiene, y bendito porque el sabio dios del diente chueco y la sonrisa agrisada asomado entre la áspera textura de su máscara, te transforma en imán, y atraes el acero, y todo confluye en tí, y en tí se acaba hermano, y renace en tí y no pasará un segundo antes que te excites y seas inmortal, y te digas eres un maricón si te dejas comer y no mereces a tu compañera, ni te mereces el misterio, ni debes parir hijos cobardes que trabajen en serviles bancos y enseñen en colegios para señoritas, y te fuerce a ser el hombre que eres, y una hombría real, surgida de las derrotas, de las pisadas de los dinosaurios, un macho que te nace de la cabeza, y del vientre, te pone las dos patas en el mundo y esperas confiado lo que venga, y no te vas a andar con chiquitas ni remilgos ni gestos llorones cuando te rodeen los brazos de la mujer cogiéndote la cintura y te diga: ¿Niño, muchacho, muchacho, qué te sucede? en un idioma que no es el tuyo pero que ahora lo vas a hablar con jactancia, como un actor shakespereano, porque no hay cosa en el mundo que no sepas cuando se aproxima el momento de la llegada de los ángeles, y puedes responder: Nada, no me pasa nada, y decir en inglés lo que estabas pensando sin omitir palabras, hablando con las patas, con las cejas, con la lengua mascada entre los dientes, con las carcajadas si es que te falta el vocabulario para pronunciar al fin la única palabra que puedes decir: yo aquí, existiendo. —Nada, no me pasa nada, estaba pensando— dije a Abby.

Me di vuelta y le cogí la cabeza entre ambas manos, y le acaricié el pelo y la besé en la frente, y en seguida puse mi mano en su nuca, y sostuve la misma mirada con que ella

prometía su compañía aquella noche. Pronto la había rodeado y le acariciaba todo el cuerpo y sus manos presionaban mi espalda, y la aparté un segundo y me despojé del querido chaquetón y tirándolo en el suelo, recosté a Abby sobre él y yo me eché a su costado y proseguimos acariciándonos sin hablar hasta que yo introduje la mano bajo su vestido e intenté desnudarla, porque entonces, para mi sorpresa detuvo mi maniobra cogiéndome la mano, y yo paralizado la dejé quieta sobre su vientre sin saber qué hacer; en cuanto ella aflojó la presión insistí en acariciarla y ahora sí ella se dejó hacer, pero cuando tiré de la ropa hacia abajo, se afirmó contra el suelo, dificultándome mi intención.

—¿Por qué no? —pregunté.

Estaba muy excitado, aunque sin rabia.

—No sé —dijo—. Tú te vas mañana a México. Nos conocemos desde hace tres días. Aún no sé pronunciar tu nombre.

—Antonio —dije levantándome y yendo hacia la ventana—. Antonio.

—Antonio —dijo—. ¿Está bien?

—Está bien —dijo—. Ahora ya lo sabes.

Se sentó sobre el chaquetón, cruzando las piernas. Con la mano derecha acariciaba la piel, aparentemente sin saber qué hacer.

—No es eso lo que quería decir —dijo—. No sé nada de ti. Lo único que hemos hecho desde que nos conocimos ha sido cantar con la guitarra y tomar cerveza. Apenas sabes quién soy. ¿De dónde eres? ¿Por qué viniste a U.S.A.? ¿Por qué estás aquí conmigo? ¿Por qué no estás pasando esta noche con Suzie o con René Deans, o con cualquiera otra? ¿Me entiendes?

Ni que me hubiese analizado toda una vida, intentando hallar el débil núcleo de mi poder en el mundo; ni que hubiese estado meditando durante toda su linda existencia cómo tumbarme, cómo hacerme pedazos y reintegrarme al mutismo hosco del aturdimiento que cuando emanó de su garganta, con esa voz que ansiaba besar, la larga hilera de porqués. Siquiera hubiese preguntado por qué estaba con ella esa noche solamente y se hubiera callado el resto.

Pero no; se traía unos porqués incisivos bajo el poncho; ni que se hubiera propuesto joderme, con esos por qué esto y no lo otro. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que le contara esa noche la historia de mi vida? Y qué historia sin cabeza iba a largarle si no le contara con pelos y señales la de mi padre, y la de mi abuelo Esteban, sumergiéndose en el Adriático desde un segundo piso en la isla de Brác, frente al puerto de Split en Yugoslavia cuando tenía dieciocho años; y qué historia sin cabeza y más estúpida la de mi abuelo, sin que le dijese quién fue mi bisabuelo Jorge, viviendo en una aldea campesina, hablando idiomas extranjeros y algunos cuantos dialectos, leyendo a Goethe en alemán por las noches y ordeñando las vacas en la madrugada, y contándole el *Fausto* a los pobladores cuando se trataba en las reuniones de estirar la lengua y acabar el vino dulce de Yugoslavia y la fuente con las gigantescas almendras, para mascarlas entre cuento y cuento, fortificándose mientras se le saca las entrañas a la leyenda, sin grandes aspavientos, seguramente distraídos, arrancando las migas de harina del pan, destrozando su celestial levadura, y haciendo con ellas apretados montoncitos para golpearlo con un dedo a lo largo de la tabla de la mesa, mientras la noche del sábado avanza y llega el amanecer.

cer del domingo, colorado y gordo como un gallo, poblado de campanas y de desayunos para los hijos que viajan a Split a las pruebas de los *sokols* o a las competencias del seleccionado de la patria contra los turcos o los rumanos; y a que porqué iba a contestar inteligentemente sin hablar de mi madre Magdalena que me parió sorpresivamente en noviembre del 40 en Antofagasta, y no en Brác, ni en Hiroshima, y del viejo Don Cosme, padre de Magdalena, displicentemente echando su vida detrás del mesón de un almacén apollado en Prat esquina de Esmeralda, llenando incansables cartillas de quinientos pesos para hincharse de oro jugando a los burros en la pista de arena del Hipódromo de Antofagasta, y de Elena su esposa, tejiendo calcetas y yerseys, y friendo en una cocina a carbón pejerreyes vivos saltando alegremente sobre la sartén; y saber responder por qué Cosme estuvo con Elena y la engendró, por qué Magdalena recibió a Antonio, mi padre, y me echó al mundo; y después saber responder por qué soy amigo de Manuel Silva, y de Samuel Carvajal, y de Fernando Vargas, y de Jaime Escobedo, y por qué obtuve un siete en un ramo tan insensato como la Lógica Simbólica cuando entré a estudiar la Filosofía en la Universidad, y por qué hay gente que desprecio y gente que amo, y por qué he escrito cuentos con títulos como *Al Trote y Describiendo con la Mano Derecha una Especie de Parábola* o *¿Quién es el Dueño del Mundo?*, y por qué soy escritor y no Ministro de Obras Públicas del Principado de Mónaco, o un pianista homosexual ejerciendo sus encantos en algún burdel de Vivaceta; o un sucio falsario inventando historias de neuróticas y escribiendo para regocijo de señoras con barbas, novelas rosas con palabras sucias y ribetes floreados; y por qué no me suicidé cuando tuve la real gana de hacerlo desde un décimo piso y me hice pichí en los pantalones de sólo mirar para abajo, y me dije inmediatamente déjate de huevadas, y me acosté serenamente y al día siguiente fui al colegio muy temprano y asimilé perfectamente el secreto de la clase de Historia de Chile de Carlos Fredes Aliaga, y me fumé un *Liberty* silenciosamente y en forma inteligente en los baños del colegio; y por qué el mar de Antofagasta no se me sale de la mollera; y la negra compañera de Río de Janeiro, y yo y el loco de Malbrán echados sobre la playa Flamingo, mirando volar las palomas sobre el océano Atlántico hablando de Platón, con la emoción de querer acostarnos con las dos muchachas que descansaban cerca, en traje de baño a diez metros nuestro; y la marihuana en Panamá y la nefritis que me jodió tres meses y me reveló el mundo mientras se me pelaba el trasero de tanto estar echado sobre la cama, y que por qué podía dar sin transmitir hasta por las orejas del amado William Saroyan, y del mismísimo Saint John Perse, que justamente metido en el bolsillo del chaquetón, aguantaba ahora el peso de Abby, con sus toneladas de porqués inocentes y superficiales, brotándole quizás como una protesta a la fugacidad de las cosas, y al sin sentido, y al hijo de un chiflado chileno que podría caerle en el vientre si no se andaba con cautela, y después de haberme dicho en un minuto todas estas cosas en el corazón le dije:

—Porque te amo, Abby.

Lo cual era la santísima verdad. Ahí mismo habría podido empezar a jurárselo por todos los santos y los dioses en que no creo hasta agotar la provisión de cosas celestiales y preso de la más mística emoción apoyarme agotado contra la pared y quedarme dormido como un percherón

joven hastiado de correr sin rumbo. No tuve necesidad de hacerlo, sin embargo, Abby me miraba inquisitivamente tratando de evaluar el grado de veracidad de mis palabras. Al fijar mi vista en la suya, me percaté que no había sido demasiado convincente. Uno dice tantas veces la palabra amor, que al final ya no sabe de qué está hablando, y no sabe por consiguiente lo que uno calla, ni lo que se hace tiene sentido aparente, y entonces, cuando uno se percata del sonámbulo hijo de perra que uno es, ciego, negado del vislumbre, del resplandor primitivo de la palabra primitiva, paridora de seres donde hay la luz que revienta como un truco de circo barato (pienso en los conejos y las galeras de los prestidigitadores y en los pañuelos multicolores emergiendo al movimiento del todopoderoso que es el charlatán) que nos deja la boca abierta por toda la infancia, esa misma boca que el mundo nos va cerrando hasta dejar las dos hileras de dientes apretados una contra la otra y un rasgo desconfiado en los labios, y una sonrisa irónica que reemplaza a la carcajada abierta y la emoción de lo verdadero. Cuando eso sucede, cuando hay un ser limpio que te conoce, que no sería capaz de ser el charlatán absurdo que uno es, y te mira y te cala y te dice como el Dios sobre el Sinaí, yo sí, yo te conozco por tu nombre, y te dice Antonio, y suena algo así como Antounio, y tú no apartas la mirada y la sostienes dejándote bañar por la magia de lo prístino y nada extraordinario está sucediendo, uno no podría hacer de eso una sucia película, ni fabricar una novela con cincuenta mil ejemplares de tiraje, cuando eso sucede, un muchacho que conquista el mundo cada vez que aspira un manojo de viento en San Francisco y en Santiago, y en Puerto Montt y en Rancagua, y en México, en Guadalajara, y en Nueva York, y no sabe lo que está conquistando porque de algún modo ha perdido el mundo, de cierta absurda manera ha perdido el significado, si es que alguna vez hubo significado, de cierta cruel manera ha logrado evitar que otro, aquel otro que sostiene en sus manos la palabra, y la espada y la saliva bendita repartida por la lengua sobre los labios secos, testimonie tu inspirar, y contemple en éxtasis tu exhalido, echando al mundo el aire generado en tus vísceras, en tu





historia, en tu historia del mundo, soplando como un dragón abuelos Jorge y papás Antonios depositándose esperanzados en alguna Magdalena o en algunas Martas, creando el futuro de la historia, cuando eso es lo que sucede, alguien, con los brazos caídos, apartado del sin sentido de la palabra grandilocuente, está iniciando el viaje hacia su raíz propia, que no está en ninguna parte sino ahí, bajo la suela de tus malditos zapatos premiados con hoyos y orina y restos de papeles de cigarros, de tabaco adherido en barro y arena, listos como un par de bisturíes para ser introducidos en la tierra que estás pisando, aunque sea la nada, o Santiago en una noche de invierno o Frisco en un entretecho maloliente, y nunca en un lugar, excepto el lugar que el testigo proporciona a tu ser desgañándose, desperezándose, sacudiéndose la murria cancerosa que lo tenía hechizado, y sabiendo de un modo pasajero que la tierra del hombre no se extraña, porque la tierra del hombre está donde el hombre se encuentra, y no hay fuerza en la tierra capaz de hacértelo decir en otras palabras que no sea amor; sólo que esta vez no lo dije, sino que cojí una lata de cerveza y me la bebí entera, sin respirar, volcando parte en el suelo, con una alegría callada haciéndome alboroto en la sangre. Después cogí otra, se la ofrecía a la muchacha y me senté apoyado en la muralla frente a ella echando de cuando en cuando un sorbo para mantener la mano.

—Chile —dijo después de un buen rato.

Al principio no supe lo que quería decir con eso; si me estaba llamando, o estaba pensando, o le gustaba el sonido, o simplemente tenía ganas de mover la boca.

—Así es —dije, por si acaso.

—Chile —dijo ella, elevando la mano derecha y golpeando

con la lata de cerveza el suelo.

—Chile —dije yo, haciendo que la cerveza excesivamente consumida me empujara la cabeza contra la pared y la dejara allí apoyada. Desde allí la vi estirar los labios y decir—: Chchchile.

—Chile —dije yo en forma seca.

—Chile —dijo ella arrugando la nariz y mostrándome los dientes.

Si se trataba de eso, yo no pensaba quedarme corto.

—San Francisco —largué, haciendo retumbar las enes en la nariz y toda la caja craneana, acompañando la voz con un aleteo de pelícano maltrecho, conciliador y amable.

—Son Fronsosco —dijo.

Los oltollos de Son Fronsosco son hormosos o boones poro hosor el omor —dije con seriedad.

Me tendió la mano y cogiéndome me atrajo a su lado y me permitió compartir un buen pedazo del chiporro con que estaba forrada mi chaqueta. Yo pasé mi mano bajo su nuca y nos quedamos mirando el techo.

—¿Qué haces? —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—¿A qué te dedicas? ¿Qué haces en Chile?

—Quiero ser escritor —dije.

—¿No lo eres ya? —preguntó.

—En cierto sentido sí —dije.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Me gusta la vida —respondí.

—¿Toda la vida?

—Toda.

—Las enfermedades y las guerras, y el dolor y la soledad ¿también?

—En cierto sentido sí.

Se quedó silenciosa. Yo quería que siguiera hablando y preguntándome cosas para que viera todo lo que había aprendido del mundo, pero lo que hizo al cabo de un momento fue cogerme la cabeza entre sus manos y besarme. Yo la rodé con los brazos y pronto estaba sobre ella besándole los cabellos y acariciándole los muslos. Ahora no se resistía, antes bien sonreía con los ojos bien abiertos, poniendo mucho de su parte en las caricias con una audacia que pese al estado exaltado de mi gran simpático, no dejó de asombrarme. Fuimos excitándonos cada vez más, hasta que parecía que no había más remedio que hacer las cosas cuanto antes, desprenderse del caluroso monstruo que acechaba transpirando sobre la piel. Pero por un motivo extraño no me decidía a liquidar la situación, me resultaba agradable, y lo único que deseaba era prolongarla todo lo que pudiese, hasta hacer reventar el momento en toda su grandeza; por primera vez no tuve prisa, y aunque Abby estaba dispuesta, detuve todos los movimientos, busqué a tientas el bolsillo de la chaqueta y extraje la cajetilla de cigarros y me serví uno, encendiendo otro inmediatamente para ofrecérselo a ella. La muchacha se había sentado y se ajustaba el pelo, atándose la parte posterior con un elástico. Yo, demostrando una serenidad ardorosa (así crearán los poetas, me dije) empecé a echar volutas de humo en forma de redondelas que se elevaban lentamente al techo, deshaciéndose en la atmósfera inquieta y tibia que habíamos instalado en el cuarto.

—¿Qué pasó? —dijo Abby.

—Nada —dije—. ¿Qué va a pasar?

—Creí que querías hacerlo —dijo.

—Seguro que quiero.

—¿Y entonces?

—Te esperas —le dije.

La muchacha abrió una boca de este tamaño. Evidentemente no entendía nada de lo que estaba pasando y aunque me mirara así, como buscando una explicación, bien poco era lo que yo podía decirle porque yo tampoco tenía la más simple idea de lo que pasaba. Me sentía desconcertado, contento como un piojo y con unas ganas de amarla extraordinarias, pero allí estaba, echado hacia adelante, moviendo la cabeza como siguiendo el compás de una música, anhelando oírla hablar, retarme, o lo que me hubiera parecido más divertido, que se hubiera echado sobre mí, y me hubiera obligado a cumplir como hombre.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Qué haces?

—Soy actriz —dijo.

—¿Qué tipo de actriz?

—Actriz de teatro.

—¿De veras? ¿Dónde actúas?

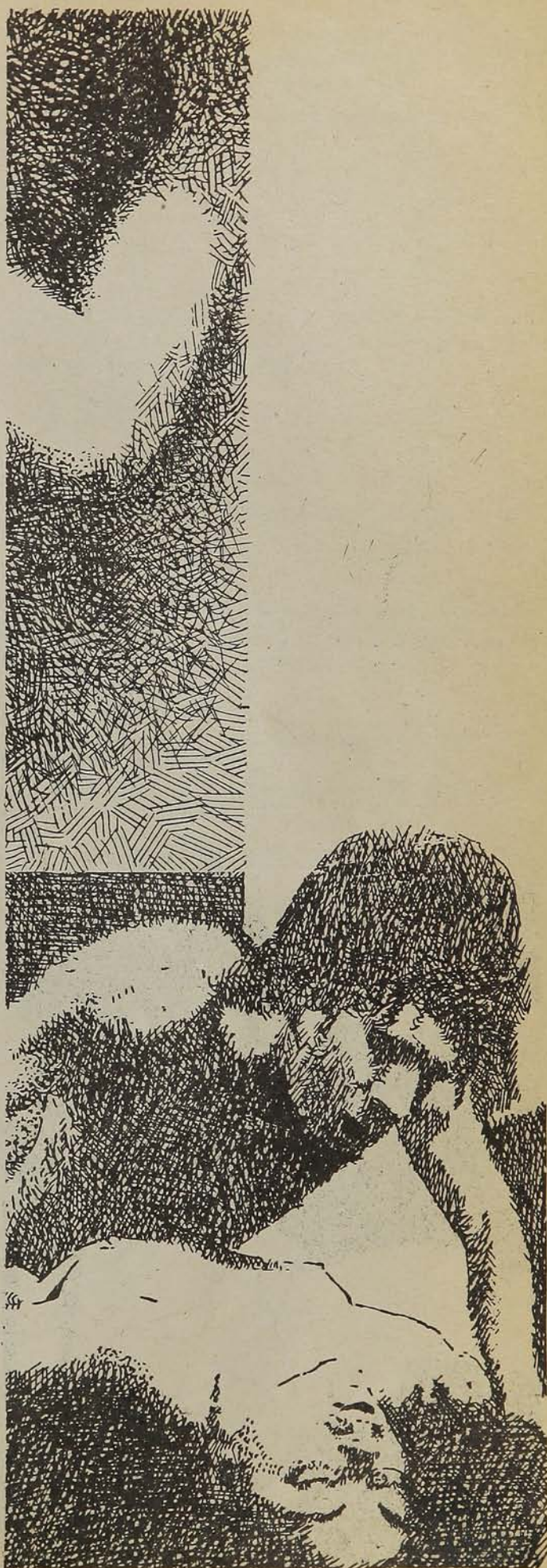
—En un grupo nuevo. Teatro experimental. Teatro para niños.

—¿Y qué hacen ahora?

—La cenicienta. ¿La conoces?

—No —mentí—. ¿De qué se trata?

Mientras me contaba la historia, con los zapatitos de cristal, y las doce campanadas, y las calabazas y ratones transformados en calesas y caballos, y el príncipe encantador, y me cantaba la canción mágica del bidibidablidú, puse la cabeza sobre sus muslos y me dediqué a percibir su aliento sobre mi rostro, y a mirar las manos que subían desde mi cabeza enfatizando las escenas dramáticas en que





aparecían hablando con voz nasal y gangosa las hermanastras perversas y bajaban dulces a posarse sobre mi frente cuando entonaba la balada de Cenicienta, y recorrían mis párpados durante la escena del baile de gala en palacio. Cuando finalizó la historia quedó en el entretecho un silencio bondadoso, y un calor grato rodeándonos como si hubiéramos calentado las maderas apolilladas sobre las cuales reposábamos simplemente charlando.

—¿Qué papel haces en la obra? —pregunté.

—La Cenicienta —dijo.

—¿En serio?

Asintió con un gesto.

—Bien —dije—. ¿Cuándo es la próxima función?

—Hoy. En Sacramento, a doscientas millas de aquí. Somos un teatro ambulante.

Me levanté de un salto.

—¡Diablos! —dije—. ¿A qué horas viajas?

—A las seis —dijo.

Fui hacia la ventana. La madrugada avanzaba. Una luz grisácea empezaba a diseñar la estructura de los edificios y el puente Golden Gate a la distancia.

—Perdóname —dije—. Necesitas dormir. Yo no sabía.

—Está bien —respondió—. Hay tiempo. Iremos en mi auto. Pasaremos a recoger a algunos actores y seguiremos viaje a Sacramento. Acércate.

Me arrodillé a su lado y nos besamos.

—A las ocho nos vamos a México —dije—. Fernando Varas y Winslow. Van también René Deans y Gastelards. Cuando termine la función podrías coger el bus hacia la frontera. En México nos divertiríamos. Podrías aprender el español y divertirnos como Dios manda.

No puedo —dijo—. El martes actuamos en Phoenix; el jueves en Redlands y el domingo vamos a Los Angeles. Tenemos contrato por un buen tiempo.

—Lástima —dije—. Esto podría haber dado para largo.

—Quizás vaya a Chile —dijo—. Puedes darme tu dirección. Te llamaré por teléfono. ¿Tienes teléfono?

—Sí —dije.

Al tratar de recordarlo noté con agrado que lo había olvidado totalmente. Al mismo tiempo se me hizo presente la casa, mi familia, el local del Instituto Pedagógico donde estaba estudiando, pero todo como un bloque confuso donde no podía distinguir detalles, los mismos odiosos detalles que, grabados todo el día en Santiago, me habían puesto los pies en un barco de carga, para venir a Estados Unidos, con el propósito de mandar al diablo el peso de la vida vacía y monótona de la patria.

—Todo va muy bien entonces —dije en voz alta aunque hablando para mí—. Se podría empezar toda la historia de nuevo. Podría ser perfectamente.

—¿Qué dices? —preguntó Abby.

Había hablado en español. ¿A qué venía en ese momento contarle la historia?

—Chile —dije—. Estaba pensando en Chile.

—Chile —dijo ella—. Es divertido el nombre. ¿Dónde queda Chile?

Le pedí que se apartara de la chaqueta, y saqué del bolsillo interior un libro.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un libro tuyo? ¿Ya has publicado?

—No —contesté—. Este es un libro de Saint John Perse. Se llama *Anábasis*. Quiero mostrarte algo.

Busqué entre las páginas del tomo un papel muy doblado que allí guardaba, que no lo había estudiado desde la mismísima noche que zarpé de Tocopilla. Cuando lo hallé, lo extendí sobre el suelo, aplanando con las palmas de las manos toda la doblada y arrugada superficie. Le hice una seña a Abby, pidiéndole que se acercara. Permanecimos de rodillas, ubicados estratégicamente de modo que la escasa luz cayese directa sobre el papel.

—Un mapa —dijo—. Es un mapa de América.

—De acuerdo —respondí.

Apunté con el índice a un lugar en el extremo superior de la hoja, y le pregunté:

—¿Reconoces esto?

—Viejo y loco San Francisco —dijo riendo.

—Atención ahora —dijo.

Con la mano abierta empecé a descender lentamente, silbando entre dientes, hasta quedar a unos veinte mil kilómetros al sur.

—¿Qué es esto? —dijo, mirándola a los ojos.

—Chile —respondió, absolutamente segura.

—No —dijo—. Todo esto es Sudamérica. Ahora fíjate bien.

Trasladé el índice hacia la costa del Pacífico, y le señalé un montón de manchas cafés que se extendían alrededor de veinticinco centímetros.

—Esto es la cordillera de los Andes. Cuando me levanto en las mañanas y voy a la Universidad, veo siempre sus montañas nevadas. Y aunque a veces ando cabizbajo y emputecido de cuadra en cuadra, no puedo dejar de echarles una mirada furtiva, y por un tiempo esas miradas me bastaron. ¿De acuerdo? Bien. Díme ahora. ¿Dónde está Chile en este mapa?

Abby me miró fijamente y puso su mano sobre mi espalda. Despuésladeó el cuello y contemplo con una mueca meditativa el papel.

—Aquí —dijo golpeando con el puño un territorio verde y extenso.

—No, señor —repliqué—. Eso es la Argentina. Un gran país. Mira aquí.

—El mar —dijo.

Hizo un gesto de niña taimada y agregó:

—Mira Antonio, si ahí está el mar —indicó con un dedo el azul del Pacífico— y aquí la cordillera de los Andes, que

tú ves todas las mañanas cuando caminas emputecido por Santiago, y aquí está la Argentina, entonces Chile está en la Argentina y tiene que ser esto que está aquí.

—No —repliqué—. Lo que estás mostrando es Mendoza. Una ciudad de Argentina.

—¿Has estado allí? —preguntó.

—Sí —dijo.

—¿Y aquí? —señaló Salta.

—No —contesté.

—¿Por qué?

—No sé. Fíjate bien ahora.

Puse la uña del dedo central en el punto del mapa que decía Arica y la tiré hacia abajo dejando una frágil hendidura en el papel ajado por tantos ajetreos.

—¿Ves eso? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Chile.

—¡Eso!

—¿Qué esperabas?

—No sé. ¿Pero eso es un país? ¿Cuántos caben ahí dentro?

—Ocho millones.

—¿Ocho millones?

—Y holgadamente. Eso blanco que ves en esta punta también es Chile. Se llama la Antártida. Está llena de nieve. Hay focas, pingüinos y unos sesenta hombres.

—¿Has estado allí?

—No —contesté—. ¿Por qué?

—Se me ocurrió que podías haber estado. Pareces haber estado en muchas partes.

—No creas —dijo—. Aún soy un provinciano. Me falta lo mejor. Nos falta lo mejor, todavía.

—¿"Nos" falta?

—Sí —respondí—. A los ocho millones. Nos falta lo mejor.

—¿Están tristes acaso? ¿No están contentos?

—No están contentos —dijo.

—¿Por qué?

—Porque nunca están contentos.

—¿Por qué?

—Porque están empezando, por eso.

—¿Tú estás empezando?

—Seguro —dijo—. Mira aquí. ¿Ves? El mar. ¿Cuánto mar



crees que hay aquí?

—Más que en toda California.

—¿Cuántas veces más?

—Diez veces más.

Cogí una cerveza, la bebí hasta la mitad y le pasé el resto a Abby. Ella la rechazó con un gesto, la puse en un costado y nos dejamos caer sobre la chaqueta. Luego nos desvestimos, y entonces sí, hicimos el amor nostálgica y alegremente, sin separarnos un momento, mirándonos las frentes, y las narices y las orejas, y el vello sobre las axilas, y yo a ella sus senos, y ella a mi ombligo y mis piernas y el pelo encima del sexo, y nos olimos la piel sobre los pómulos, y la espalda y el aliento empañado del olor a cerveza, y el sudor sobre las cinturas, y nos metimos los dedos entre el cabello y nos acariciamos las cabezas violentamente, antes de amar, y más dulcemente luego, cantando largas odas silenciosas al azar, y al sin sentido y a la muerte de lo que habíamos hecho, que la presentíamos próxima a medida que la luz del alba invadía los entretechos, y los objetos por primera vez mostraban la riqueza de su textura, apilados en los rincones, fríos, trastos de escombros inutilizables, maderas terciadas carcomidas, cajones de manzanas repletos de tarros y herramientas fuera de uso, ampolletas quemadas, botellas cubiertas de esperma, papeles de envolver grasosos, trozos de virutilla, cera endurecida ocupando una vasija con el asa quebrada, telarañas de epeiras construidas en forma de abanico colgando de la lámpara de lágrimas, que se inflaban levemente al recibir el soplo del aire frío que empezaba con el amanecer. Todas las cosas parecían reposar, apagadas, como seres humanos olvidados, y nosotros entre ellos, cubiertos de polvo mohoso del entretecho, tibios, abrazados, burlándonos pacíficamente del mundo al que pertenecíamos, con los más pequeños movimientos parecíamos estar naciendo, respirando por primera vez en el mundo, esforzándonos por brotar desde esa chatarra que nos acechaba, sin hacer ruido, apenas con los gruñidos roncros del acto de amor, que aquí y allá, especie de preguntas de los animales de una misma especie, salían de nuestras gargantas y eran pronto tragados por el empapelado café de la habitación. Cuando la luz ya había llenado con hiriente resplandor la habitación, y del gris había pasado a transformarse en un amarillo pálido, Abby pensó que ya serían las seis y que lo mejor que podíamos hacer era bajar al baño del departamento, pasarnos jabón por la cara y mojarnos la nuca y partir a buscar a los actores que ya estarían desayunando el mismo matutino alimento que empezábamos a notar que nos faltaba cuando las tripas nos sonaron al unísono, mientras nos vestíamos sin prisa y hábilmente. Nos sacudimos las ropas y tiramos las latas vacías por la ventana, que rebotaron en el empedrado de la calle haciendo un ruido de veinte mil diablos. Guarde el mapa dentro del libro de Saint John Perse, en una página que empezaba un poema diciendo algo así como que es "un tiempo de alta fortuna, cuando los grandes aventureros del alma, solicitan paso en la calzada de los hombres, interrogando a la tierra entera sobre su era, para conocer el sentido de ese muy grande desorden..." y no recuerdo qué otras cosas del mismo tamaño que me hicieron apretar el libro sobre la mejilla y guardármelo con prisa en el bolsillo para tomar la cintura de Abby y bajar silenciosamente las escaleras.

Cuando entramos al departamento lo hicimos con cier-

to mesurado alboroto de modo que Winslow y Suzie si estaban ocupados, tuvieran tiempo al menos para subir la sábana o para peinarse. Golpeamos en el dormitorio de Suzie y la vimos sola, durmiendo, la mano bajo la almohada y respirando apaciblemente. Sobre el velador había un mensaje de Winslow para mí comunicándome que iría a decirle a su madre que se iba a México, que me acordara que partíamos a las ocho de la mañana, que iba a conseguir unos dólares y comprar un neumático de segunda mano para llevar de repuesto, y que Suzie era algo muy serio y solicitaba a Dios que la bendijera, y que bendijera a Abby, y que no permitiera que se quedase dormido mientras llevaba el coche al garaje. En tanto leía el mensaje, Abby había ido a la cocina y apareció con un par de manzanas que procedimos a masticar sin lástima, no sin antes haberle sacado lustre con la colcha de la cama, hasta dejarlas convertidas en un par de cosas bellas y brillantes. Después de darle un par de mordiscos, caminó hasta el espejo y comenzó a trabajar con cierta torpeza en el arreglo de una chasquilla.

—Es el peinado de Cenicienta —dijo—. Viajaremos vestidos. No llegaremos a Sacramento a la hora, como para cambiarnos en el teatro.

Yo la miré hacer masticando sin cesar la manzana, hasta que ella hubo terminado y cogiendo una maleta de la que se asomaba una tira de raso rojo, me invitó a que la siguiera y bajamos las escalas, y nos introdujimos en su auto, un Chevrolet del 54 cuidado con esmero. Se puso al volante, y echó a andar el coche por las calles de San Francisco, respetando las solitarias luces de los semáforos como si no llevase prisa alguna, como si de repente hubiese deseado demorar el viaje, o cambiar de ruta, ir hacia el Mirador en la cumbre de la colina, y quedarnos allí besándonos y charlando a borbotones lo que quedaba por decirse, y que ahora, atendiendo a los sentimientos que comenzaban a cogerme, presumía que iba a quedar callado, abortado sobre los tapices escoceses del asiento delantero del Chevrolet que implacable subía Laguna Street, rumbo a la Avenida Broadway. De pronto se detuvo en una esquina y golpeó dos veces la bocina; una cara sonriente se asomó a la ventana y la misma cara sonriente apareció cinco segundos más tarde, vestida con malla negra, un frigio anaranjado y un jubón de terciopelo granate finiquitado con encajes dorados en las mangas y rodeándole el cuello. El muchacho abrió los brazos como saludando al mundo, aspiró el aire profundamente y lo retuvo inflando toda su estampa, y luego se inclinó ante Abby haciendo un saludo cortesano, y caminó airoso hasta el coche acarreando un maletín de viaje, y dijo "Buenos días" con acento irlandés y me estrechó la mano y tarareando una balada isabelina se ubicó en el asiento trasero e indicó a Abby una dirección. Más adelante, recogimos a dos muchachas vestidas de un negro riguroso, que durante gran parte del viaje fueron repitiendo parlamentos, sin darles entonación alguna, y tratando de ajustarse unas narices de cartón tan retorcidas como un puñado de serpientes. Abby me pidió que me acercara y me dijo quedamente al oído una especie de frase convencional de despedida, que me hizo apartarme un poco molesto e inmediatamente poner el brazo sobre sus hombros al notar que temblaba tratando de sonreír. Le dije que se quedara quieta y no se preocupara, que la vida tenía más vueltas que una oreja, y qué clase de Cenicienta era si se iba a poner así cada vez que un animal como yo abandonara la partida.

Pero lo cierto es que esta vez tampoco resulté convincente, porque me dieron ganas de apretarla y echarme a llorar como malo de la cabeza, pero me puse firme, y aunque no boté una sola cochina lágrima, me salió abundante líquido por las narices, que no tenía ninguna importancia porque me lo limpie con la manga con un gesto displicente y pasó como un resfriado perfecto.

Al llegar al puente de Berkeley, la carretera se bifurcaba y tuve que apearme para agarrar el camino a casa. Saludé con un gesto al príncipe y a las hermanastras y caminé unos metros por el puente con Cenicienta, y miramos el agua a nuestros pies, y encendimos un par de *Camels* entre sonrisas nerviosas y luego, refugiándonos tras una columna, nos acariciamos hasta ponernos rojos, y entonces el maldito príncipe tocó la bocina. Acompañé a Abby hasta el coche; se metió en él; puso primera; el vehículo se movió lentamente e hizo el ruido típico de cuando le meten segunda. Ví cómo le metieron tercera, y lo miré un buen rato más. Después agarré el camino del puente con prisa, para llegar caminando a Berkeley antes de las ocho e irme a México con mis camaradas. Pronto advertí que la caminata iba a ser larga, e hice señas agitando el pulgar a los automovilistas para que me adelantaran siquiera un par de kilómetros, pero no hubo un sólo hijo de perra que me parara,

excepto un bus que venía detrás de un jeep al que le había pedido auxilio y que frenó con gran estrépito, y bufó como un buey abriendo sus puertas a presión. Trepé de un salto, y un conductor negro me esperaba ofreciéndome un boleto. —No tengo dinero —le dije.

Me di vuelta los bolsillos y se los mostré. El negro se largo a reír como si fuera el mismísimo dueño del mundo, y me dijo que pasara y me sentara cómodamente e hiciese igual como si estuviese en casa, y yo le agradecí, y el negro se fue riendo todo el camino, hablándome cosas ininteligibles y otéandome de cuando en cuando por el espejo retrovisor, y jajajeándose más fuerte cada vez que lo hacía, hasta hacerme reír y hacer reír a un obrero situado en el asiento posterior al mío, que inició un diálogo entre carcajadas con el chofer, que lo hizo reír a éste más fuerte, y al ver tanta risa, yo que soy más tentado que Juan Maula, me largué a reír con esa risa que a veces da sin que podamos controlar, expresando la satisfacción por el mundo y ese estado de beatitud manifiesto en el pichí que se te cae por dentro de los pantalones y que tratas de evitar apretando los músculos, pero que no lo conseguirás, porque tu alma entera se está volcando, y lo único que cabe hacer, es llamar a todo eso como uno sabe que se llama, y orinar a pata tendida, como un honesto ciudadano. *

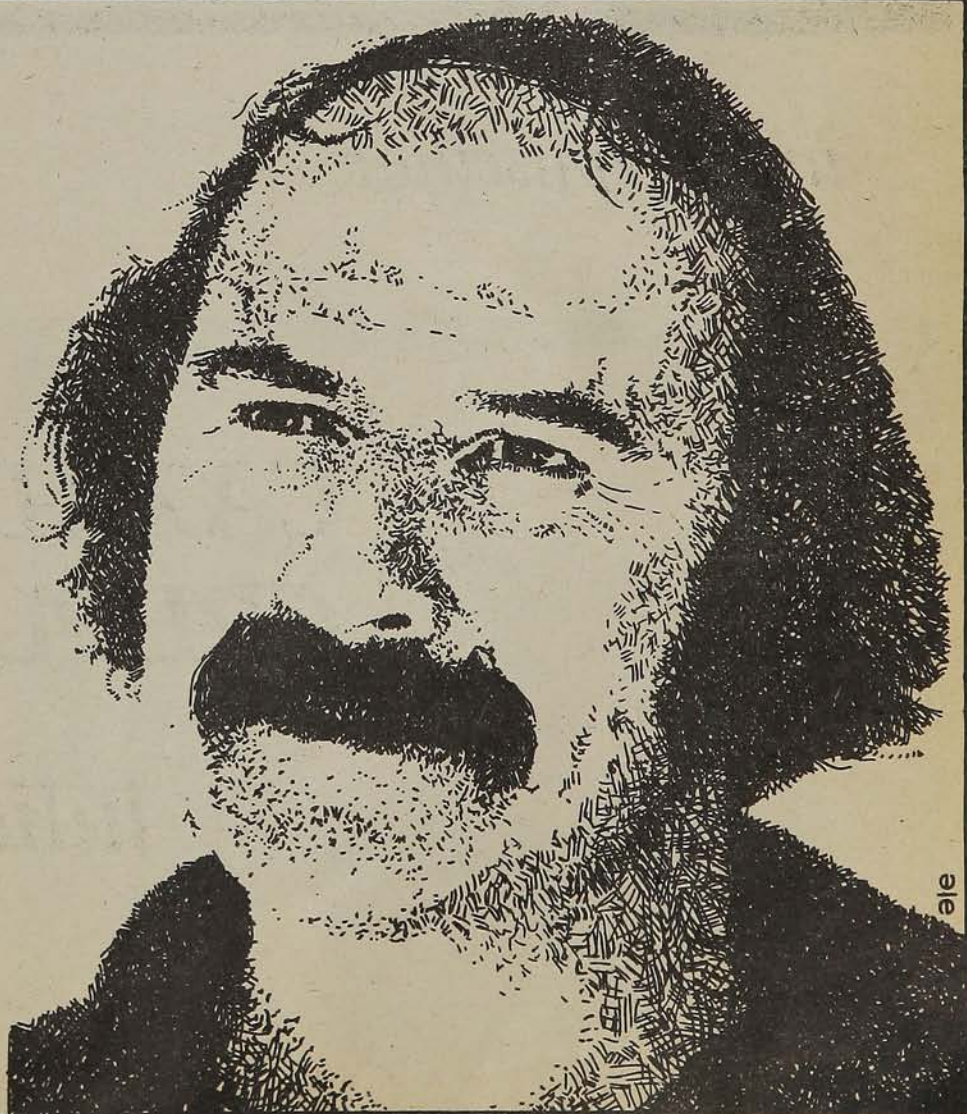
ANTONIO SKARMETA

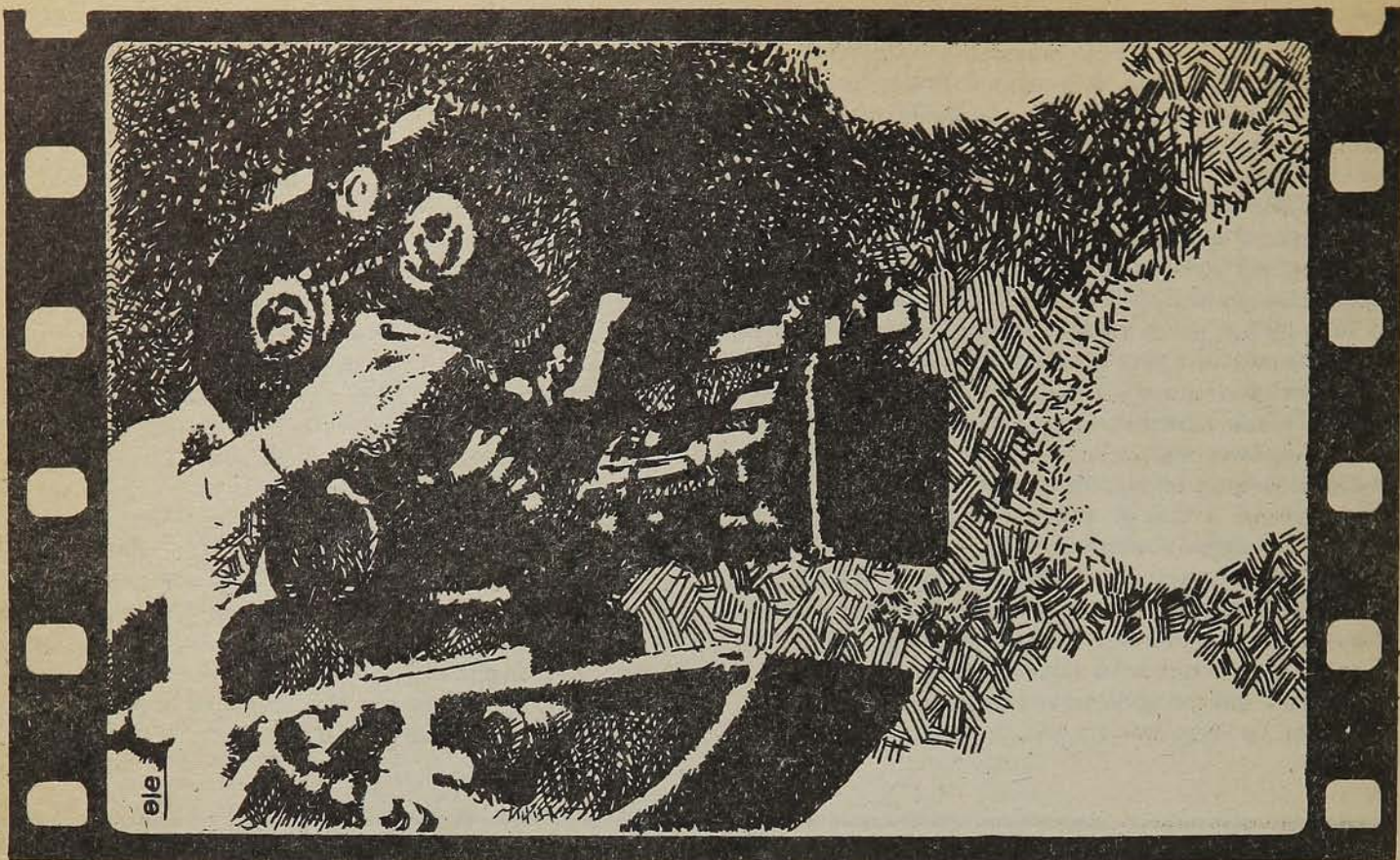
es el mejor escritor chileno.

Se le divierte decirlo, escribirlo y leerlo, pero es la firme.

Nació en Antofagasta, estudió filosofía en el Pedagógico (entonces vivía en el centro de Santiago), literatura en Norteamérica, y vivió entre nos escribiendo, hasta que se fue a Buenos Aires primero, y a Berlín después, donde escribe y enseña y hace cine desde 1976.

A la época en que escribió *La cenicienta* en San Francisco, más que ser considerado un escritor, le interesaba vivir como un escritor. Este cuento se publicó junto al tomo *El entusiasmo*, en 1967.





uño crepuscular

CAZADOR DE CREPUSCULOS

julio cortázar

Si yo fuera cineasta me dedicaría a cazar crepúsculos. Todo lo tengo estudiado menos el capital necesario para el safari, porque un crepúsculo no se deja cazar así nomás, quiero decir que a veces empieza poquita cosa y justo cuando se lo abandona le salen todas las plumas o inversamente es un despilfarro cromático y de golpe se nos queda como un loro enjabonado, y en los dos casos se supone una cámara con buena película de color, gastos de viaje y pernoctaciones previas, vigilancia del cielo y elección del horizonte más propicio, cosas nada baratas. De todas maneras creo que si fuera cineasta me las arreglaría para cazar crepúsculos, en realidad un solo crepúsculo, pero para llegar al crepúsculo definitivo tendría que filmar cuarenta o cincuenta porque si fuera cineasta tendría las mismas exigencias que con la palabra, las mujeres o la geopolítica.

No es así y me consuelo imaginando el crepúsculo ya cazado, durmiendo en su larguísima espiral enlatada. Mi plan: no solamente la caza sino la restitución del crepúsculo a mis semejantes que poco saben de ellos, quiero decir la gente de la ciudad que ve ponerse el sol, si lo ve, detrás del edificio de correos, de los departamentos de enfrente o en un subhorizonte de antenas de televisión y faroles de alumbrado. La película sería muda, o con una banda sonora que registrara solamente los sonidos contemporáneos del crepúsculo filmado, probablemente algún ladrido de perro o zumbidos de moscardones, con suerte una campanita de oveja o un golpe de ola si el crepúsculo fuera marino.

Por experiencia y reloj pulsera sé que un buen crepúscu-

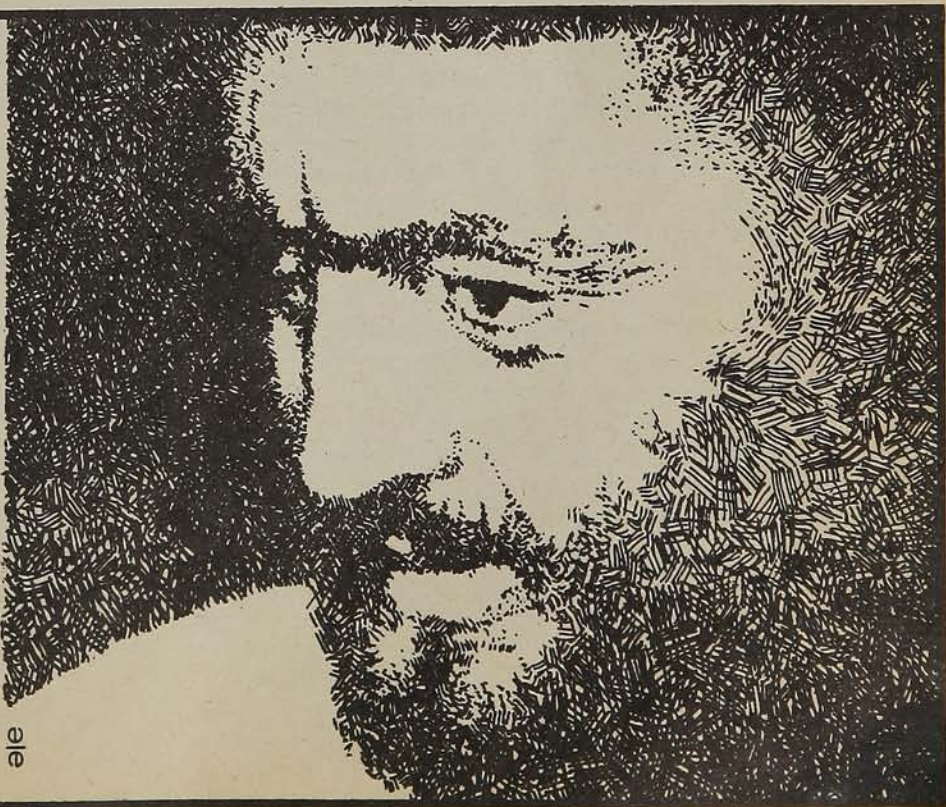
lo no va más allá de veinte minutos entre el clímax y el anticlímax, dos cosas que eliminaría para dejar tan sólo su lento juego interno, su calidoscopio de imperceptibles mutaciones; se tendría una película de esas que llaman documentales y que se pasan antes de Brigitte Bardot mientras la gente se va acomodando y mira la pantalla como si todavía estuviera en el ómnibus o en el subte. Mi película tendría una leyenda impresa (acaso una voz off) dentro de estas líneas: "Lo que va a verse es el crepúsculo del 7 de junio de 1976, filmado en X con película M y con cámara fija, sin interrupción durante Z minutos. El público queda informado de que fuera del crepúsculo no sucede absolutamente nada, por lo cual se le aconseja proceder como si estuviera en su casa y hacer lo que se le dé la santa gana, por ejemplo mirar el crepúsculo, darle la espalda, hablar con los demás, pasearse, etc. Lamentamos no poder sugerirle que fume, cosa siempre tan hermosa a la hora del crepúsculo, pero las condiciones medievales de las salas cinematográficas requieren como se sabe la prohibición de este excelente hábito. En cambio no está vedado tomarse un buen trago del frasquito de bolsillo que el distribuidor de la película vende en el foyer".

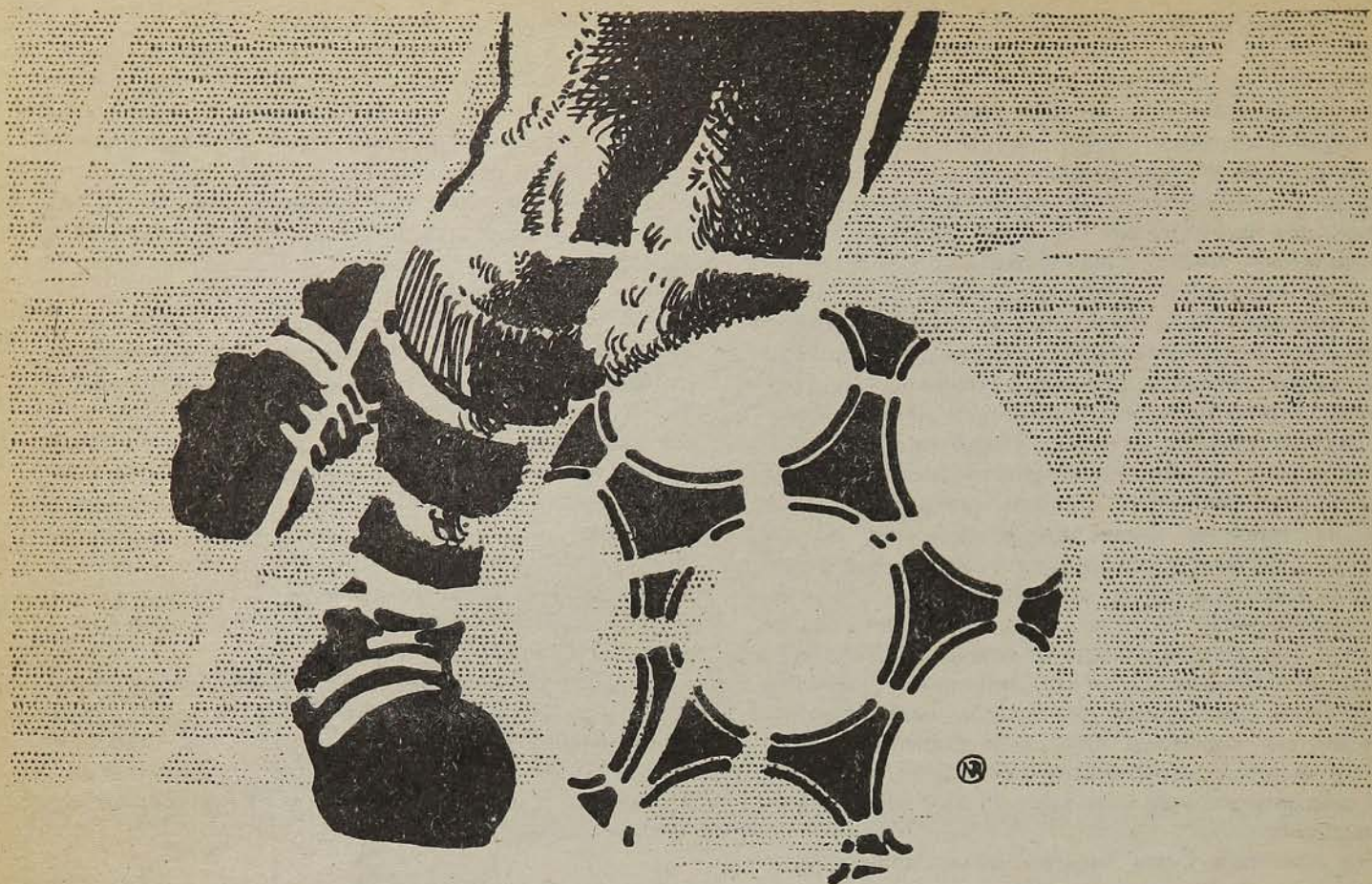
Imposible predecir el destino de mi película; la gente va al cine para olvidarse de sí misma, y un crepúsculo tiende precisamente a lo contrario, es la hora en que acaso nos vemos un poco más al desnudo, a mí en todo caso me pasa, y es penoso y útil; tal vez que otros también aprovechen, nunca se sabe. ✱

JULIO CORTÁZAR nació en Bélgica y vivió en la Argentina, hasta que se fue a Europa, a París, donde vive hace 30 años.

Cronopio como él solo, ha escrito cuentos y novelas anticipatorios en la percepción de la libertad en la que sucesivas generaciones de latinoamericanos nos empeñamos: *El perseguidor*, *Rayuela*, *Libro de Manuel*, son eso y el placer de leerlos y la elección del juego y la invención como poética: la búsqueda de la felicidad y no del sentimiento de culpa.

En una reciente entrevista hecha en Italia, Cortázar así lo definió: "La felicidad está lejos de ser un estado permanente cuando se tiene una moral. Mi felicidad personal es permanentemente amenazada. Pero esto no reprime mi disponibilidad para la felicidad".





uno de fútbol

PUNTERO IZQUIERDO

mario benedetti

Vos sabés las que se arman en cualquier cancha más allá de Propios. Y si no acordate del campito del Astral, donde mataron a la vieja Ulpiana. Los años que estuvo hinchándola desde el alambrado y, la fatalidad, justo esa tarde no pudo disparar por la uña encarnada. Y si no acordate de aquella canchita de mala muerte, creo que la del Torricelli, donde le movieron el esqueleto al pobre Cabeza, un negro de mano armada, puro pamento, que ese día le dio la loca de escupir cuando ellos pasaban con la bandera. Y si no acordate de los menores de Cuchilla Grande, que mandaron al nosocomio al back derecho del Catamarca, y todo porque le habían hecho al capitán de ellos la mejor jugada recia de la tarde. No es que me arrepienta ¿sabés? de estar aquí en el hospital, se lo podés decir con todas las letras a la barra del Wilson. Pero para poder jugar más allá de Propios hay que tenerlas bien puestas. ¿O qué te parece haber ganado aquella final contra el Corrales, jugando nada menos que nueve contra once? Hace ya dos años y me parece ver al Pampa, que todavía no había cometido el afane pero lo estaba germinando, correrse por la punta y escupir el centro, justo a los cuarenta y cuatro de la segunda etapa, y yo que la veo venir y la coloco tan al ángulo que el golerito no la pudo ni pellizcar y ahí quedó despatarrado, mandándose la parte porque los de Progreso le habían echado el ojo. ¿O qué te parece haber aguantado hasta el final en la cancha del Deportivo Yí, donde ellos tenían el juez, los línema, y una hinchada piojosa que te escupía hasta en los minutos adicionados por suspensiones de juego, y eso cuando no entraban al fiel y te gritaban: "¡Yí! ¡Yí! ¡Yí!" como si estuvieran llorando, pero refregándose de paso el puño por la trompa? Y uno haciéndose el etcétera porque si no te tapaban. Lo que yo digo es que así no podemos seguir. O somos amateur o somos profesional. Y si somos profesional que vengan los fasules. Aquí no es el Estadio, con protección policial y con esos mamitas que se revuelcan en el área sin que nadie los toque. Aquí si te hacen un penal no te despertás hasta el jueves a más tardar. Lo que está bien. Pero no podés pretender que te maten y después ni se acuerden de vos. Yo sé que para todos estuve horrible y no preciso que me pongas esa cara de Rosigna y Moretti. Pero ni vos ni don Amílcar entienden ni entenderán nunca lo que pasa. Claro, para ustedes es fácil ver la cosa desde el alambrado. Pero hay que estar sobre el pastito, allí te olvidás de todo, de las instrucciones del entrenador y de lo que te paga algún maffioso. Te viene una cosa de adentro y tenés que llevar la redonda. Lo ves venir al jalva con su carita de rompehueso y sin embargo no podés dejársela. Tenés que pasarlo, tenes que pasarlo siempre, como si te estuvieran dirigiendo por control remoto. Si te digo que yo sabía que esto no iba a resultar, pero don Amílcar que empieza a inflar y todos los días a buscarme a la fábrica. Que yo era un puntero izquierdo de condiciones, que era una lástima que ganara tan poco, y que cuando perdiéramos la final él me iba arreglar el pase para el Everton. Ahora vos calculá lo que representa un pase para el Everton donde además de don Amílcar, que después de todo no es más que un cafisho de putas pobres, está nada menos que el doctor Urrutia, que ese sí es Director de Ente Autónomo y ya colocó en Talleres al entreala de ellos. Especialmente por la vieja, sabés, otra seguridad, porque en la fábrica ya estoy viendo que en la próxima huelga me dejan con dos manos

atrás y una adelante. Y era pensando en esto que fui al café Industria a hablar con don Amílcar. Te aseguro que me habló como un padre, pensando, claro, que yo no iba a aceptar. A mí me daba risa tanta delicadeza. Que si ganábamos nosotros iba a ascender un club demasiado díscolo, te juro que dijo díscolo, y eso no convenía a los sagrados intereses del deporte nacional. Que en cambio el Everton hacía dos años que ganaba el premio a la corrección deportiva y era justo que ascendiera otro escalón. En la duda, atenti, pensé para mí entretela. Entonces le dije el asunto es grave y el coso supo con quién trataba. Me miró que parecía una lupa y yo le aguanté a pie firme y le repetí que el asunto es grave. Ahí no tuvo más remedio que reírse y me hizo una bruta guiñada que era una barbaridad que una inteligencia como yo trabajase a lo bestia en esa fábrica. Yo pensé te clavaste la foja y le hice una entra-



dita sobre Urrutia y el Ente Autónomo. Después, para ponerlo nervioso, le dije que uno también tiene su condición social. Pero el hombre se dio cuenta que yo estaba blando y desembuchó las cifras. Craso error. Allí no más le saqué sesenta. El reglamento era éste: todos sabían que yo era el hombre gol, así que los pases vendrían a mí como un solo hombre. Yo tenía que eludir a dos o tres y tirar apenas desviado o pegar en la tierra y mandarme la parte de la bronca. El coso decía que nadie se iba a dar cuenta que yo corría pa los italianos. Dijo que también iban a tocar a Murias, porque era un tipo macanudo y no lo tomaba a mal. Le pregunté solapadamente si también Murias iba a entrar en talleres y me contestó que no, que ese puesto era enteramente mío. Pero después en la cancha lo de Murias fue una vergüenza. El pardo no disimuló ni medio; se tiraba como una mula y siempre lo dejaban en el suelo. A los veintiocho minutos ya lo habían expulsado porque en un escrimaye le dio al entreala de ellos un codazo en el hígado. Yo veía de lejos tirándose de palo a palo al mellado Valverde que es de esos idiotas que rechazan muy pitucos cualquier oferta como la gente, y te juro por la vieja que es un amater de órdago, porque hasta la mujer, que es una milonguita, le mete cuernos en todo sector. Pero la cosa es que el meyado se rompía y se le tiraba a los pies nada menos que a Bademian, ese armenio con patada de burro que hace tres años casi mata de un tiro libre al golero del Cardona. Y pasa que te contagiás y sentís algo adentro y empezás a eludir y seguís haciendo dribles en la línea del corner como cualquier mandrake y no puede ser que con dos hombres de menos (porque al Tito también lo echaron, pero por bruto) nos perdiéramos el ascenso. Dos o tres veces me la dejé quitar, pero ¿sabés? me daba un dolor bárbaro porque el jalva que me marcaba era más malo que tomar agua sudando y los otros iban a pensar que yo había disminuido mi estandar de juego. Allí el entrenador me ordenó que jugara atrasado para ayudar a la defensa y yo pensé que eso me venía al trome porque jugando atrás ya no era el hombre gol y no se notaría tanto si tiraba como la mona. Así y todo me mandé dos boleos que pasaron arañando el palo y estaba quedando bien con todos. Pero cuando me corrí y se la pasé al ñato Silveira para que entrara él y ese tarado me la pasó de nuevo, a mí que estaba solo, no tuve más remedio que pegar en la tierra porque si no iba a ser muy bravo no meter el gol. Entonces, mientras yo hacía que me arreglaba los zapatos, el entrenador me gritó a lo Tittaruffo: "¿Qué tenés en la cabeza? ¿Moco?". Esto, te juro, me tocó aquí dentro porque yo no tengo moco y si no preguntale a don Amílcar, él siempre dijo que soy un puntero inteligente porque juego con la cabeza levantada. Entonces ya no vi más, se me subió la calabresa y le quise demostrar al coso ése cuando quiero sé mover la guinda y me saqué de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero le mandé un zapatillazo y que te lo bogliodire y el tipo quedó haciendo sapitos pero exclusivamente a cuatro patas. Miré hacia el entrenador y lo encontré sonriente como aviso de Rider y recién entonces me di cuenta que me había enterrado hasta el ovario. Los otros me abrazaban y gritaban: "¡Pa los contras!" y yo no quería dirigir la visual hacia donde estaba don Amílcar con el doctor Urrutia o sea justo en la banderita de mi corner, pero en seguida empezó a llegarme un kilo de putiadas, en las que reconocí el tono mezzosoprano del delegado y la

ronquera con bitter de mi fuente de recursos. Allí el partido se volvió de trámite intenso porque entró la hinchada de ellos y le llenaron la cara de dedos a más de cuatro. A mí no me tocaron porque me reservaban de postre. Después quise recuperar puntos y pasé a colaborar con la defensa, pero no marcaba a nadie y me pasaban la globa entre las piernas como a cualquier gilberto. Pero el meyo estaba en su día y sacaba al corner tiros imposibles. Una vuelta se la chingué con efecto y todo y esa bestia la bajó con una sola mano. Miré a don Amílcar y al delegado, a ver si se daban cuenta que contra el destino no se puede, pero don Amílcar ya no estaba y el doctor Urrutia seguía moviendo los labios como un bagre. Allí no más terminó uno a cero y los muchachos me llevaron en andas porque había hecho el gol de la victoria y además iba a la cabeza en la tabla de los scores. Los periodistas escribieron que mi gol, ese magnífico puntillazo, había dado el más rotundo mentís a los infames rumores circulantes... Yo ni siquiera me di la ducha porque quería contarle a la vieja que ascendíamos a Intermedia. Así que salí todo sudado con la camiseta que era un mar de lágrimas, en dirección al primer teléfono. Pero allí no más me agarraron del brazo y por el movado de oro le di la cana a la bruta manaza de don Amílcar. Te juro que creí que me iba a felicitar por el triunfo, pero está clavado que esos tipos no saben perderla. Todo el partido me la paso chingándola y tirando desviado o sea hipotecando mis prestigios y eso no vale nada. Después me viene el sarampión y hago un gol de apuro y eso sí está mal. Pero ¿y lo otro? Para mí había cumplido con los sesenta que le había sacado de anticipo, así que me hice el gallito y le pregunté con gran serenidad y altura si le había hablado al delegado sobre mi puesto en Talleres. El coso ni moscó y casi sin mover los labios, porque estábamos entre la gente, me fue diciendo podrido, mamarracho, tramposo, andá a joder a

Gardel, y otros apelativos que te omito por respeto a la enfermera que me cuida como una madre. Dimos vuelta una esquina y allí estaba el delegado. Yo como un caballero le pregunté por la señora, y el tipo, me dijo en otro orden la misma sarta de piropos, adicionando los de pata sucia, maricón y carajito. Yo pensé la boca se te haga un lago, pero la primera torta me la dio Piraña, aparecido de golpe y porrazo, como el ave fénix, y atrás de él reconocí al Gallego y al Chicle, todos manyaorejas de Urrutia, el cual en ningún momento se ensució las manos y sólo mordía una boquilla muy pituca, de esas de contrabando. La segunda piña me la obsequió el Canilla, pero a partir de la tercera perdí el orden cronológico y me siguieron dando hasta las calandrias griegas. Cuando quise hacerme una composición de lugar, ya estaba medio muerto. Ahí me dejaron hecho una pulpa y con un solo ojo los vi alejarse por la sombra. Dios nos libre y se los guarde, pensé con cierta amargura y flor de gusto a sangre. Miré a diestro y siniestro en busca de S.O.S. pero aquello era el destierro de Zárate. Tuve que arrastrarme más o menos hasta el bar de Seoane, donde el rengó me acomodó en el camión y me trajo como un solo hombre al hospital. Te miro. Y aquí me tenés. Te miro con este ojo, pero voy a ver si puedo abrir el otro. Difícil, dijo Cañete. La enfermera, que me trata como el rey Farú y que tiene, como ya lo habrás jalviado, su bruta plataforma electoral, dice que tengo para un semestre. Por ahora no está mal, porque ella me sube a upa para lavarme ciertas ocasiones y yo voy disfrutando con vista al futuro. Pero la cosa va a ser después; el período de pases ya se acaba, sintetizando, que estoy colgado. En la fábrica ya le dijeron a la vieja que ni sueñe que me vayan a esperar. Así que no tendré más remedio que bajar el cogote y apersonarme con ese chitrulo de Urrutia, a ver si me da el puesto en Talleres como me habían prometido. ✱

MARIO BENEDETTI

tiene 62 años y 40 libros escritos, y es montevidiano. Militante político de la izquierda uruguaya, debió exiliarse tras el golpe militar del 73 y ha vivido estos años intermitentemente en México y Cuba. Poeta, narrador y periodista, es uno de los latinoamericanos más leídos por nuestra generación: *La tregua*, *Gracias por el fuego*, *Inventario* y *El cumpleaños de Juan Ángel*, más su *Montevideanos*, son algunos de sus libros que tanto leemos. El año pasado publicó en México *Primavera con una esquina rota*.



uno de adulterio

LA MUJER ADULTERA

albert camus



En el interior del ómnibus, cuyos vidrios habían levantado nuevamente, una flaca mosca daba vueltas desde hacía un momento. Insólita, iba y venía sin ruido, con un vuelo extenuado. Janine la perdió de vista, después la vió aterrizar en la mano inmóvil de su marido. Hacía frío. La mosca se estremecía a cada ráfaga del viento arenoso que chirriaba contra las ventanillas. En la escasa luz de la mañana invernal, con gran estrépito de hierros, el vehículo cabeceaba, se balanceaba, avanzaba dificultosamente. Janine contempló a su marido, observó los mechones grises plantados muy abajo en una frente estrecha, la nariz ancha, la boca irregular; Marcel tenía el aspecto de un fauno mohino. A cada bache de la carretera, Janine lo sentía venirle encima.

Después, Marcel dejaba recaer su pesado torso sobre sus piernas abiertas, con la mirada fija, de nuevo inerte, ausente. Sólo sus gruesas manos imberbes, vueltas aún más cortas por la tricota gris que le sobresalía de las mangas de la camisa y le cubría las muñecas, daban una impresión de actividad. Apretaban con tanta fuerza una valijita de tela, colocada entre las rodillas, que no parecían sentir el vacilante vuelo de la mosca.

De pronto, escucharon distintamente el aullido del viento, y la niebla mineral, que rodeaba al ómnibus, se hizo todavía más espesa. Puñados de arena, como arrojada por manos invisibles, se abatían sobre los vidrios. La mosca movió un ala friolenta, flexionó las patas, se fue. El ómni-



bus anduvo más despacio, estuvo a punto de pararse. Después, ya calmado el viento, la niebla un poco aclarada, aumentó de velocidad. Agujeros de luz se abrían en el paisaje ahogado de polvo. Dos o tres palmeras enjutas y blanqueadas, como recortadas en metal, surgieron tras los vidrios y desaparecieron de inmediato.

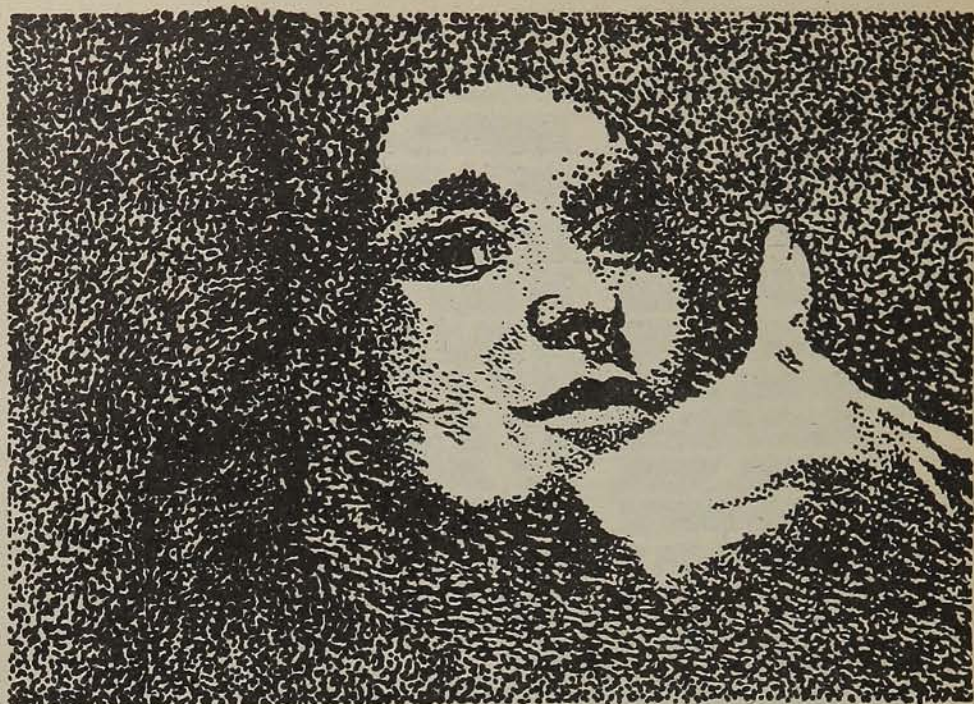
— ¡Qué país! —dijo Marcel.

El ómnibus estaba lleno de árabes que simulaban dormir, hundidos en sus albornoces. Algunos habían colocado los pies sobre la banqueta y el traqueteo los hacía oscilar más que a los otros. Su silencio, su impasibilidad, acabaron por molestar a Janine. Le parecía viajar desde varios días antes con esa muda escolta. El coche, sin embargo, había partido al alba de la estación del ferrocarril y, al cabo de dos horas, en la fría mañana, avanzaba por una meseta pedregosa, desolada, que a la salida, al menos, extendía sus rectas líneas hasta horizontes rojizos. Pero el viento, al levantarse, tragó poco a poco la inmensa llanura. A partir de ese momento, nada vieron ya los pasajeros: uno tras otro fueron callando y navegaron sin decir palabra en una especie de noche insomne, enjugándose a veces los labios y los ojos irritados por la arena que se infiltraba en el coche.

“ ¡Janine! ”. El llamado de su marido la sobresaltó. Pensó una vez más hasta qué punto ese diminutivo, aplicado a una mujer alta y robusta como ella, era ridículo. Marcel quería

saber dónde estaba la valija con las muestras. Ella exploró con el pie el espacio vacío debajo de la banqueta y encontró un objeto; decidió que era la valija. No podía agacharse, en efecto, sin quedar un poco sofocada. En el colegio, sin embargo, era la primera en gimnasia; no jadeaba nunca. ¿Tanto tiempo había pasado desde entonces? Veinticinco años. Veinticinco años no eran nada: le parecía que fue ayer cuando vacilaba entre la vida libre y el matrimonio, que fue ayer cuando pensaba con angustia en el día en que, acaso, envejecería sola. No estaba sola, y el estudiante de abogacía que no quería abandonarla nunca estaba ahora a su lado. Había acabado por aceptarlo, aunque fuese un poco más bajo que ella y aunque no le gustaran mucho su risa ávida y breve, ni sus ojos negros demasiado salientes. Pero le gustaba su espíritu animoso, que compartía con los franceses del país; le gustaba también su aire derrotado, cuando los acontecimientos o los hombres frustraban su esperanza; le gustaba, sobre todo, que la quisieran, y él la había cubierto de asiduidades. Al hacerle sentir tan a menudo que ella existía para él, la hacía existir de verdad. No, no estaba sola...

El ómnibus, con grandes toques de bocina, se abrió paso a través de obstáculos invisibles. Los pasajeros, sin embargo, continuaban inmóviles. Janine sintió de pronto que la observaban y se volvió hacia la banqueta que prolongaba



la suya, del otro lado del pasillo. No era un árabe. Le sorprendió no haber reparado en él cuando salieron. Llevaba el uniforme de las Unidades Francesas del Sahara y un kepis de drill sobre su rostro curtido de chacal, largo y puntiagudo. Fijaba en ella la mirada de sus ojos claros, con una especie de fastidio, detenidamente. Ruborizándose, Janine se volvió de nuevo hacia su marido, que miraba siempre de frente, en la niebla y el viento. Se arrebujó en su abrigo. Pero continuaba viendo al soldado francés, alto, y delgado, tan delgado, dentro de su ajustada chaqueta, que parecía construido con una materia seca y friable, una mezcla de arena y de hueso. En ese instante vio las manos flacas y el rostro tostado de los árabes que estaban delante y que parecían cómodamente sentados, a pesar de sus amplias vestiduras, en las banquetas donde ella y Marcel apenas cabían. Ajustó sobre sus piernas los pliegues del abrigo. Sin embargo, no era tan gruesa, más bien alta y llena, carnal, y todavía deseable —lo sentía en las miradas de los hombres— con su rostro un poco infantil, sus ojos frescos y claros, contrastando con ese cuerpo fuerte que podía —no lo ignoraba tampoco— ser tibio y mullido.

No, nada sucedía como lo creyó. Cuando Marcel quiso llevarla en su jira, ella había protestado. El pensaba desde hacía mucho tiempo en ese viaje, después de la guerra, exactamente, cuando los negocios volvieron a la normalidad. Antes de la guerra, el pequeño comercio de géneros heredado de sus padres, y que abrió por cuenta propia al renunciar a sus estudios de abogacía, les permitía vivir más o menos bien. En la costa, los años juveniles pueden ser felices. Pero a él no le gustaba demasiado el esfuerzo físico y muy pronto dejó de llevarla a las playas. Los domingos, solamente, el pequeño automóvil abandonaba la ciudad. Durante el resto de la semana, Marcel prefería no salir de su tienda de géneros multicolores, estarse a la

sombra de los soportales de ese barrio semi-indígena, semieuropeo. Vivían en tres cuartos, arriba de la tienda, adornados con muebles de serie y colgaduras árabes. No tuvieron hijos. Transcurrieron los años tras las persianas cerradas, en esa penumbra que mantenían cuidadosamente. El verano, las playas, los paseos, el cielo mismo estaban lejos. A Marcel sólo parecían interesarle sus negocios. Creyó descubrir que el dinero era la verdadera pasión de su marido, y no la compartía, sin saber demasiado por qué. Después de todo, aprovechaba del dinero. Marcel no era avaro; antes bien, generoso, sobre todo con ella. "Si me sucede algo —decía— quedarás resguardada". Y debemos, en efecto, resguardarnos de la necesidad. Pero de lo demás, de todo aquello que no sea la necesidad más simple, ¿dónde resguardarse? Y era esto lo que muy de tarde en tarde sentía confusamente. Entre tanto, ayudaba a Marcel a llevar sus libros y a veces lo reemplazaba en la tienda. Pero lo más duro de soportar era el verano, cuando el calor mataba hasta la dulce sensación del hastío.

De pronto, en pleno verano, justamente, la guerra, Marcel movilizado, después licenciado, la escasez de telas, los negocios detenidos, las calles desiertas y calurosas. En adelante, si algo sucedía, no quedaría resguardada de la necesidad. Por eso, desde que las telas volvieron al mercado, Marcel proyectó recorrer los pueblos de las Altas Mesetas del sur para prescindir de intermediarios y vender directamente a los comerciantes árabes. Había querido llevarla. Ella sabía que las comunicaciones eran difíciles, que se sofocaba. Hubiera preferido esperarlo. Pero él era obstinado, y ella había aceptado porque hubiese necesitado demasiada energía para negarse. Ahora estaban de viaje y, en verdad, nada se parecía a lo que había imaginado. Había temido el calor, los enjambres de moscas, los hoteles mugrientos, llenos de olores anisados. No había pensado en el



frío, en el viento cortante, en esas mesetas casi polares, obstruidas por morenas. También había soñado con palmeras y arena suave. Ahora veía que el desierto no era eso; era solamente piedra, piedra por todas partes, tanto en el cielo, donde reinaba aún la polvareda de piedra, rechinante y fría, como en el suelo, donde sólo crecían gramíneas secas entre las piedras.

El vehículo se detuvo bruscamente. El chofer dijo sin volverse algunas palabras en esa lengua que Janine había escuchado toda su vida sin comprender jamás. "¿Qué le pasa?", preguntó Marcel. El chofer, ahora en francés, dijo que la arena había debido de tapar el carburador, y Marcel lanzó una maldición contra la comarca. El chofer echó a reír, mostrando todos los dientes, y aseguró que no era nada, que iba a destapar el carburador y que en seguida continuarían andando. Abrió la puerta del ómnibus. El viento frío se precipitó en el interior horadándoles la cara con mil granos de arena. Los árabes, silenciosos, hundieron la nariz en sus albornóces y se replegaron sobre sí mismos. "Cierra la puerta", aulló Marcel. El chofer, riendo, se acercó a la puerta, sacó, sin prisa, algunas herramientas del cajón de abajo; después, minúsculo en la niebla, desapareció de nuevo sin cerrar la puerta. Marcel suspiró: "Puedes estar segura de que no ha visto un motor en su vida". "Ten paciencia", dijo Janine. De pronto, se sobresaltó. En el terraplén, junto al vehículo, habían surgido formas arrebujadas, inmóviles. Bajo el capuchón del albornoz, y tras una muralla de velos, sólo mostraban los ojos. Mudos, venidas de quién sabe dónde, miraban a los viajeros. "Pastores", dijo Marcel.

El silencio era absoluto en el interior del coche. Los pasajeros, con la cabeza gacha, parecían escuchar la voz del viento dejado en libertad sobre esas mesetas interminables. Janine quedó bruscamente sorprendida por la ausencia

casi total de equipajes. En la estación, el chofer había izado hasta el techo del ómnibus el baúl de Marcel y algunos bultos. En el interior, dentro de las redes que corrían por encima de las ventanillas, sólo se veían bastones nudosos y cestos chatos. Al parecer, toda esa gente del sur viajaba con las manos vacías. Pero el chofer ya estaba de vuelta, siempre animoso. Sólo reían sus ojos por encima de los velos con que, también él, se había cubierto la cara. Anunció que proseguían el viaje. Cerró la portezuela, calló el viento y pudo escucharse mejor la lluvia de arena contra los vidrios. Tosió el motor, expiró después. Solicitado con insistencia por el arranque, empezó por fin a funcionar, mientras el chofer lo hacía lanzar aullidos a golpes de acelerador. Con un gran hipo, el ómnibus partió de nuevo. De la masa harapienta de los pastores, siempre inmóviles, se alzó una mano; luego se desvaneció en la niebla. Los dejaron atrás. Casi en seguida, el vehículo comenzó a saltar sobre el camino, cada vez en peor estado. Los árabes, sacudidos, oscilaban incesantemente. A Janine, no obstante, el sueño comenzaba a rendirla cuando surgió frente a ella una cajita amarilla llena de pastillas aromáticas. El soldado chacal le sonreía. Vaciló, se sirvió, le dio las gracias. El chacal se guardó la caja en el bolsillo y tragó de golpe su sonrisa. Ahora fijaba los ojos en el camino. Janine se volvió hacia Marcel y no vio más que su nuca sólida: miraba a través de los vidrios la niebla más densa que subía de los terraplenes friables.

Hacía horas que andaban, y el cansancio había apagado toda la vida en el coche, cuando resonaron algunos gritos desde afuera. Niños de albornoz, girando sobre sí como trompos, saltando, batiendo palmas, corrían en torno al ómnibus. Ahora, éste avanzaba por una larga calle flanqueada por casas bajas. Entraban en el oasis. El viento soplaba siempre, pero los muros detenían las partículas de arena que no oscurecían ya la luz. El cielo, sin embargo,



continuaba encapotado. En medio de los gritos, con gran estruendo de frenos, el ómnibus se detuvo ante los soportales de piedra arcillosa de un hotel con las vidrieras sucias. Janine bajó; en la calle, sintió que vacilaba. Por encima de las casas veía un minarete amarillo y grácil. A su izquierda, empezaban a recortarse las primeras palmeras del oasis. Hubiese querido ir hasta ellas, pero, aunque fuera cerca de mediodía, el frío era intenso; el viento la hizo estremecer. Se volvió hacia Marcel, y vio primero al soldado que iba a su encuentro. Esperó su sonrisa o su saludo. El pasó de largo sin mirarla y desapareció. Marcel se ocupaba en que bajaran el baúl con los géneros, un baúl negro, izado en el techo del ómnibus. No sería fácil. No había más persona que el chofer para ocuparse de los equipajes, y se estaba allí, sobre el techo, ante el círculo de albornoces congregados en torno del ómnibus. Janine, rodeada de caras que parecían talladas en hueso y en cuero, taladrada por gritos guturales, sintió de pronto su fatiga. "Subo", le dijo a su marido, que interpellaba con violencia al chofer.

Entró en el hotel. El patrón, un francés delgado y taciturno, se acercó a ella y la condujo al primer piso, y después, por la galería que dominaba la calle, hasta un cuarto donde sólo había una cama de hierro, una silla pintada con ripolín blanco, una percha muy ancha sin cortinas y, detrás de un biombo de juncos, un tocador cuyo lavabo estaba cubierto por un fino polvo de arena. Cuando el patrón hubo cerrado la puerta, Janine sintió el frío que venía de las paredes desnudas y encaladas. No sabía dónde dejar su bolso, no sabía qué hacerse ella misma. Tenía que acostarse o seguir de pie, y en ambos casos dar diente con diente. Permaneció de pie, con el bolso en la mano, clavando los ojos en una especie de tronera abierta sobre el cielo, cerca del techo. Esperaba, no sabía qué. Unicamente sentía su soledad, y el frío que la penetraba, y un peso más fuerte del lado del corazón. Soñaba, en verdad, casi sorda a los ruidos que subían de la calle trayendo los gritos de Marcel, más consciente, en cambio, a ese rumor de río que llegaba de la tronera y que el viento hacía nacer en las palmeras que, de pronto, le parecieron muy cercanas. Después el viento pareció redoblar, el suave ruido del agua se convirtió en un silbido de olas. Imaginaba, detrás de las paredes, un mar de palmeras rectas y flexibles encrespándose en la tempestad. Nada se parecía a lo que había previsto, pero esas olas invisibles refrescaban sus ojos fatigados. Continuaba de pie, pesadamente, un poco encorvada, con los brazos caídos, mientras el frío subía a lo largo de sus piernas macizas. Soñaba con las palmeras rectas y flexibles, y con la muchacha que había sido.

Después de lavarse, bajaron al comedor. En las paredes desnudas habían pintado camellos y palmeras, sumergidos en una mermelada rosa y violeta. Tras los soportales, las ventanas dejaban entrar una luz parsimoniosa. Marcel le hacía preguntas al patrón sobre los comerciantes. Les sirvió la comida un viejo árabe que llevaba una condecoración militar en la chaqueta. Marcel estaba preocupado y desmigajaba el pan. No la dejaba beber agua a su mujer. "No está hervida. Toma vino". A ella no le gustaba el vino, la ponía pesada. En el menú había cerdo. "No comen cerdo, el Corán se los prohíbe. Pero el Corán no sabía que el cerdo bien cocido no causa enfermedades. Nosotros, a lo menos, entendemos de comida. ¿En qué piensas?" Janine no pensaba en nada, o tal vez en esa victoria de

los cocineros sobre los profetas. Pero tenían que andar de prisa. Partirían de nuevo al día siguiente, siempre hacia el sur; esa tarde debían ver a todos los comerciantes de importancia. Marcel apremió al viejo árabe para que les sirviera el café. El viejo, sin sonreír, asintió con la cabeza y salió a paso tardo. "Lentamente por la mañana, no demasiado rápido por la tarde", dijo Marcel, riendo. Llegó el café. Apenas tuvieron tiempo de tomarlo de un trago y salieron a la calle polvorienta y fría. Marcel llamó a un muchacho árabe para que lo ayudara a llevar el baúl y, por principio, discutió el precio. Basaba su opinión, que dio a Janine una vez más, en el oscuro principio de que pedían siempre el doble para que les concedieran la cuarta parte. Janine, incómoda, seguía a los dos hombres. Bajo su grueso tapado, se había puesto un vestido de lana, y hubiese querido ocupar menos espacio. El cerdo, aunque muy cocido, y el poco vino que bebió, le pesaban.

Bordearon un jardincito municipal, con árabes polvorientos. Cruzaban árabes que los dejaban pasar, llevándose hacia adelante los pliegues de sus albornoces, y parecían no verlos. Janine advertía en ellos un aire digno, aun en los que andaban harapientos, que no tenían los árabes de la ciudad. Y, mientras tanto, seguía en pos del baúl que le abría camino entre la muchedumbre. Pasaron por la puerta de una muralla de tierra ocre, llegaron a una placita llena de los mismos árboles minerales y bordeados al fondo, en casi toda su anchura, por soportales y tiendas. Al pasar por una construcción en forma de obús, de paredes encaladas y azules, se detuvieron. Un cuarto único, un mostrador de madera brillante; detrás del mostrador, un viejo árabe de bigotes blancos, en trance de servir té, alzando y bajando la tetera encima de tres vasitos multicolores. Antes de que pudieran distinguir otra cosa en la penumbra de la tienda, el olor fresco del té de menta acogió a Marcel y a Janine en el umbral. Apenas franqueada la entrada, y sus molestas guirnaldas de teteras de estaño, tazas y bandejas, mezcladas con molinetes de tarjetas postales, Marcel se encontró junto al mostrador. Janine permaneció en la entrada, apartándose un poco para no interceptar la luz. En ese instante advirtió detrás del viejo tendero a dos árabes que la miraban sonriendo, sentados en la penumbra sobre las hinchadas bolsas que ocupaban todo el fondo de la tienda. De las paredes colgaban alfombras rojas y negras, pañuelos bordados; el piso estaba lleno de bolsas y de cajones pequeños con granos aromáticos. Sobre el mostrador, en torno a una balanza cuyos platillos de cobre refulgían y de un viejo metro con los signos borrados, se alineaban paquetes de azúcar; uno de ellos, libre ya de sus pañales de grueso papel azul, había sido cercenado en la cúspide. Cuando el viejo posó la tetera sobre el mostrador y dijo buenas tardes, detrás del perfume del té surgió el olor a lana y a especias que flotaba en el cuarto.

Marcel hablaba precipitadamente, con esa voz baja que adoptaba para tratar asuntos de negocios. Después abría el baúl, mostraba los géneros y los pañuelos, hacía a un lado la balanza y el metro para desplegar su mercadería ante el viejo tendero. Se excitaba, alzaba la voz, reía desordenadamente, parecía una mujer que quiere gustar y no está segura de sí misma. Ahora, con las manos abiertas, mimaba la compra y la venta. El viejo meneó la cabeza, pasó la bandeja con el té a los dos árabes que estaban detrás y sólo dijo algunas palabras que desalentaron a Marcel. Tomó éste de nuevo sus géneros, los apiló en el baúl, después se enjugó en la





frente un sudor problemático. Llamó al muchacho árabe y salieron de nuevo a caminar bajo los soportales. En la próxima tienda, aunque el tendero simulara al principio el mismo aire olímpico, tuvieron más suerte. "Se creen Dios —dijo Marcel—, pero también necesitan vender. La vida es dura para todos".

Janine lo seguía sin hablar. El viento había cesado. El cielo se aclaraba. Una luz fría, brillante, descendía de los pozos azules cavados en el espesor de las nubes. Ahora habían abandonado la plaza. Andaban por callejuelas, bordeando muros de tierra de los cuales colgaban las rosas podridas de diciembre o, de cuando en cuando, una grana-da seca y apestada. En ese barrio flotaba un perfume a tierra y a café, la humareda de un fuego de cortezas, olor a piedra, a carnero. Las tiendas, cavadas en los muros, estaban muy lejos unas de otras. Janine sentía que le pesaban las piernas. Pero su marido iba serenándose poco a poco, empezaba a vender, se volvía conciliador, llamaba "pequeña" a Janine. El viaje no sería inútil. Desde luego —decía Janine distraídamente—. Más vale entender direc-

tamente con ellos".

Volvieron al centro por otra calle. La tarde estaba muy avanzada; el cielo, casi despejado. Se detuvieron en la plaza. Marcel se frotaba las manos, contemplaba con expresión tierna el baúl, delante de ellos. "Mira", dijo Janine. Desde el otro extremo de la plaza se acercaba un árabe alto, flaco, vigoroso, cubierto con un albornoz azul cerúleo, calzado con flexibles botas amarillas, con las manos enguantadas. Tenía un rostro aguileño y bronceado. Sólo la *chéchia* roja que llevaba en forma de turbante permitía diferenciarlo de esos oficiales de Relaciones Indígenas que Janine pudo admirar en ocasiones. Avanzaba regularmente hacia ellos, quitándose un guante con lentitud, como si mirara más allá del grupo. "Aquí viene uno que se cree general", dijo Marcel, alzándose de hombros. Sí, todos tenían el mismo aire orgulloso, pero éste, en verdad, exageraba. A pesar de que los rodeaba el espacio vacío de la plaza, avanzaba en línea recta hacia ellos, sin verla, sin verlos. La distancia que los separaba disminuía rápidamente, ya lo tenían encima, cuando Marcel tomó el baúl por la manija y lo echó hacia

atrás. El otro siguió de largo, como si nada hubiera advertido, y se dirigió al mismo paso en dirección a la muralla. Janine miró a su marido, que tenía su expresión frustrada. "Ahora creen que todo les está permitido", dijo Marcel. Janine no contestó. Detestaba la estúpida arrogancia de ese árabe y se sentía de pronto desgraciada. Quería irse. Pensaba en su pequeño departamento. La idea de volver al hotel, a ese cuarto helado, la desalentaba. Recordó de pronto que el patrón le había aconsejado subir a la terraza del fuerte, desde donde se veía el desierto. Se lo dijo a Marcel; podían dejar el baúl en el hotel. Pero Marcel estaba fatigado, quería dormir un poco antes de comer. "Te lo ruego", dijo Janine. El la miró, súbitamente atento. "Por supuesto, querida".

Ella lo esperaba en la calle, frente al hotel. La multitud vestida de blanco era cada vez más numerosa. No se veía una sola mujer, y Janine tuvo la impresión de que nunca había visto más hombres. Sin embargo, ningún hombre la miraba. Algunos, sin parecer mirarla, volvían hacia ella esa cara flaca y curtida que, a sus ojos, los hacía a todos iguales, la cara del soldado francés en el ómnibus, la del árabe de los guantes, una cara, a la vez, solapada y altiva. Volvían el rostro hacia la extranjera, no la veían; después, ligeros y silenciosos, pasaban junto a ella, cuyos tobillos se hinchaban. Y aumentaba el malestar de Janine, su necesidad de partir. "¿Por qué habré venido?". Pero Marcel bajaba ya del hotel.

Eran las cinco de la tarde cuando treparon por la escalera del fuerte. El viento había cesado por completo. El cielo, ahora despejado, era color azul pervinca. El frío, muy seco, le picoteaba las mejillas. En medio de la escalera, un viejo árabe, echado contra el muro, les preguntó si deseaban que los guiase, pero habló sin moverse, como si supiera de antemano que rechazarían su ofrecimiento. La escalera era larga, empinada, a pesar de varios descansos de tierra apisonada. A medida que subían, se ampliaba el espacio, y ascendían en medio de una luz crecientemente vasta, fría, seca, en la que cada ruido del oasis les llegaba con nítida pureza. El aire iluminado parecía vibrar en torno de ellos, con una vibración cada vez más prolongada a medida que subían, como si a su paso hicieran nacer en el cristal de la luz una onda sonora que fuera ampliándose incesantemente. Y cuando llegaron a la terraza, y perdieron sus miradas en el horizonte inmenso, más allá del palmeral, le pareció a Janine que el cielo entero resonaba con una nota estrepitosa y breve cuyos ecos llenaron poco a poco el espacio que la cubría y que después callaron de súbito para dejarla en silencio ante la extensión ilimitada.

Del este al oeste, en efecto, su mirada se desplazaba con lentitud, sin encontrar un solo obstáculo, a lo largo de una curva perfecta. Abajo, se encabalgaban las terrazas azules y blancas de la ciudad árabe, ensangrentada por las sombras manchas rojas de los pimientos puestos a secar al sol. No se veía a nadie, pero de los patios interiores subían, con el humo oloroso del café tostado, voces risueñas o pisoteos incomprensibles. Un poco más lejos, el palmeral, dividido en cuadrados desiguales por paredes de arcilla, zumbaba en su cúspide bajo la acción de un viento que no sentían ya en la terraza. Más lejos aún, y hasta el horizonte, empezaba, ocre y gris, el reino de las piedras, vacío de toda vida. Sólo a poca distancia del oasis, cerca del Oued que bordeaba el palmeral, al occidente, se distinguían algunas tiendas

negras. Cercándolas, una tropilla de dromedarios inmóviles, minúsculos en la distancia, formaban sobre el suelo gris los signos sombríos de una extraña escritura cuyo sentido había que descifrar. Encima del desierto, el silencio era vasto como el espacio.

Janine, apoyada con todo el cuerpo en el parapeto, quedó sin voz, incapaz de arrancarse del vacío que se abría delante de ella. A su lado, Marcel se agitaba. Hacía frío, era necesario bajar. ¿Qué había que ver allí? Pero ella no podía despegar su mirada del horizonte. A lo lejos, todavía más al sur, en ese sitio en que la tierra y el cielo se reunían en una línea pura, le parecía de pronto que la esperaba algo que ella había ignorado hasta ese día y que sin embargo no había dejado un solo minuto de faltarle. En la tarde creciente, la luz se apagaba con suavidad; de cristalina, se volvía líquida. A la vez, en el corazón de una mujer que el mero azar había conducido allí, se aflojaba lentamente un nudo que habían apretado los años, la costumbre y el hastío. Miraba el campamento de nómades. Ni siquiera había visto a los hombres que vivían allí. Nada se movía entre las negras tiendas y, sin embargo, no podía pensar sino en esos hombres cuya existencia apenas conoció hasta ese día. Sin casas, apartados del resto de la sociedad, eran un puñado errante sobre el vasto territorio que Janine descubría con la mirada y que no era, a su vez, sino una parte irrisoria de un espacio todavía más grande cuya fuga vertiginosa sólo se detenía a millares de kilómetros al sur, allí donde el primer río fecunda por fin la selva. Desde siempre, sobre la tierra seca, raída hasta los huesos de esa comarca desmesurada, algunos hombres caminaban sin tregua, hombres que no poseían nada pero que no servían a nadie, señores miserables y libres de un extraño reino. Janine ignoraba por qué esta idea la colmaba de una tristeza tan dulce y tan vasta que le cerraba los ojos. Sólo sabía que ese reino le había sido prometido desde siempre y que nunca, sin embargo, ese reino sería el suyo, nunca ya, sino, acaso, en el instante fugitivo en que abrió de nuevo los ojos al cielo súbitamente inmóvil, a esas olas de luz quieta, mientras callaban bruscamente las voces que subían de la ciudad árabe. Le pareció entonces que el curso del mundo acababa de pararse y que nadie, desde ese instante, envejecería ni moriría. Por doquiera, en lo sucesivo, la vida suspendida, salvo en su corazón donde alguien, en ese preciso instante, lloraba de pena y deslumbramiento.

Pero la luz se puso en movimiento, el sol nítido y sin calor declinó hacia el oeste que se tostó un poco, mientras una ola gris se formaba en el este, pronta a reventar lentamente sobre la inmensa extensión. Aulló un primer perro, y su grito lejano subió por el aire más frío aún. Janine sintió que daba diente con diente. "Nos vamos a helar —dijo Marcel—. Eres tonta. Volvamos". Torpemente, la tomó de la mano. Ella, dócil ahora, se alejó del parapeto y lo siguió. El viejo árabe de la escalera, inmóvil, los miraba bajar a la ciudad. Ella caminaba sin ver a nadie, encorvada por una inmensa y brusca fatiga, arrastrando su cuerpo cuyo peso le parecía ahora insoportable. Su exaltación había desaparecido. Sentíase demasiado grande, demasiado basta, demasiado blanca para ese mundo donde acababa de entrar. Un niño, una niña, el hombre seco, el chacal furtivo eran las únicas criaturas que podían caminar silenciosamente por ese mundo. ¿Qué haría ella, en adelante, sino arrastrarse por la tierra hasta el sueño, hasta la muerte?



Se arrastró, en efecto, hasta el restaurante, junto a un marido súbitamente taciturno, o que hablaba de su fatiga, mientras ella luchaba débilmente contra un resfrío. Tenía fiebre. Continuó arrastrándose hasta su cama, donde Marcel fue a reunirse con ella y apagó en seguida la luz. El cuarto estaba helado. Janine sentía que la conquistaba el frío, que le aumentaba la fiebre. Respiraba mal. Oía latir la sangre en sus venas, pero no entraba en calor. Una especie de miedo iba creciendo en ella. Al volverse, la vieja cama de hierro crujió bajo su peso. No, no quería enfermarse. Su marido dormía ya, también ella debía dormir. Era necesario. Los ruidos sofocados de la ciudad le llegaban por la tronera. Los viejos fonógrafos de los cafés moros exhalaban melodías gangosas que reconocía vagamente y que subían hasta ella, traídas por un rumor de lenta muchedumbre. Era necesario dormir. Pero contaba tiendas negras, detrás de sus párpados pacían camellos inmóviles, soledades inmensas giraban a su alrededor. "Sí, ¿por qué habré venido?" Se durmió haciéndose la pregunta.

Despertó poco después. En torno a ella el silencio era absoluto. Pero, en los límites de la ciudad, perros enronquecidos, aullaban en la noche muda. Se revolvió en la cama, sintió en su hombro el hombro duro de Marcel y de pronto, semidormida, se acurrucó contra su pecho. A la deriva en el sueño, sin poder hundirse en él, se aferraba a ese hombro con avidez inconsciente como a su puerto más seguro. Hablaba, pero de su boca no salía ningún sonido. Hablaba, pero apenas si ella misma se oía. Sólo sentía el calor de Marcel. Desde hacía veinte años, todas las noches, así, en su calor, siempre los dos, aun enfermos, aun de viaje, como ahora. Por lo demás, ¿qué habría hecho ella sola en la casa? ¡Sin un hijo!... ¿No era eso, acaso, lo que le faltaba? No lo sabía. Seguía a Marcel, eso era todo, contenta de sentir que alguien tenía necesidad de ella. El no le daba más alegría

que la de saberse necesaria. No la amaba, sin duda. El amor, aún rencoroso, no tiene ese rostro malhumorado. Pero ¿qué rostro tiene? Se amaban por la noche, sin verse, a tientas. ¿Es que hay otro amor que no sea el de las tinieblas, un amor que grite en pleno día? No lo sabía, pero sabía que Marcel tenía necesidad de ella, y que ella necesitaba de esa necesidad, que de esa necesidad vivía día y noche, de noche, sobre todo, cada noche, cuando él no quería quedarse solo, ni envejecer, ni morir, con esa su expresión obstinada que ella reconocía a veces en las caras de otros hombres, la única expresión que tienen en común esos locos que se disfrazan con una expresión razonable pero que son presa del delirio que los lanza desesperadamente hacia un cuerpo de una mujer para ocultar sin deseo alguno, en ese cuerpo, lo que la soledad y la noche les muestran de aterrador.

Marcel se agitó un poco, apartándose de ella. No, no la amaba. Tenía miedo de lo que no fuera ella, sencillamente, y ella y él, desde hacía mucho, hubieran debido separarse y dormir solos hasta el fin. Pero ¿quién puede dormir siempre solo? Algunos hombres, separados de los demás por la vocación o la desgracia, y que se acuestan todas las noches en el mismo lecho que la muerte. Pero Marcel no lo podría nunca, él sobre todo, niño débil e indefenso, asustado siempre por el dolor, Marcel, su niño, precisamente, que necesitaba de ella y que le hizo oír, en ese mismo instante, una especie de gemido. Ella se estrechó un poco más contra él, le puso la mano sobre el pecho. Y, desde el fondo de sí misma, lo llamó con el sobrenombre amoroso que le daba en otra época y que ahora, muy de tiempo en tiempo, empleaban entre ellos sin pensar ya en lo que decían.

Lo llamó con toda el alma. Ella también, después de todo, necesitaba de él, de su fuerza, de sus pequeñas manías, ella también tenía miedo de morir. "Si venciera este miedo, sería feliz..." En seguida la invadió una angustia sin nombre. Se apartó de Marcel. No, no vencía nada, no era feliz, iba a morir en verdad, sin que la libertaran. Le dolía el corazón, la sofocaba un peso inmenso que venía arrastrando —súbitamente lo descubría— desde hacía veinte años y bajo el cual se debatía ahora con todas sus fuerzas. Quería que la libertaran, aunque Marcel, aunque todos los demás no se libertaran nunca. Despierta ya, se incorporó en la cama y aguzó el oído para escuchar un llamado que le parecía muy próximo. Pero de los extremos de la noche sólo le llegaron las voces extenuadas e infatigables de los perros del oasis. Oía soplar un débil viento cuyas aguas ligeras corrían por el palmeral. Venía del sur, allí donde el desierto y la noche se mezclaban ahora bajo el cielo de nuevo fijo, allí donde se detenía la vida, donde nadie envejecía ni moría. Después se consumieron las aguas del viento y no tuvo ni siquiera la certeza de haber oído algo, sea lo que fuere, con excepción de un llamado mudo que ella, a voluntad, podía reprimir o percibir, pero cuyo sentido no conocería nunca sino respondía a él inmediatamente. Inmediatamente. ¡Sí, de eso, al menos, estaba segura!

Se levantó con suavidad y permaneció inmóvil, cerca de la cama, atenta a la respiración de su marido. Marcel dormía. Un segundo después echaba de menos el calor de la cama, el frío se apoderaba de ella. Se vistió lentamente, buscando sus ropas a tientas a la débil luz que, por las persianas del frente, llegaba de los faroles de la calle. Con los zapatos en la mano, avanzó hasta la puerta. Todavía

esperó un momento en la oscuridad, después entreabrió suavemente la puerta. Rechinó la falleba. De nuevo se inmovilizó. El corazón le daba fuertes golpes en el pecho. Aguzó el oído y, tranquilizada por el silencio, siguió moviendo la mano. La rotación de la falleba le pareció interminable. Por fin abrió la puerta, se deslizó fuera y volvió a cerrarla con las mismas precauciones. Después, con la mejilla apoyada en la madera, esperó. Al cabo de un instante, sintió la lejana respiración de Marcel. Entonces se volvió, recibió en la cara el aire helado de la noche y corrió por la galería. La puerta del hotel estaba cerrada. Mientras hacía funcionar el cerrojo, el sereno, medio dormido, apareció en lo alto de la escalera y le habló en árabe. "Vuelvo en seguida", dijo Janine, y se precipitó en la noche.

Guirnaldas de estrellas descendían del cielo negro por encima de las palmeras y las casas. Corrió por la corta avenida, ahora desierta, que conducía al fuerte. El frío, que no necesitaba ya luchar con el sol, había invadido la noche, el aire helado le quemaba los pulmones. Pero ella, ciega, corría en la oscuridad. Sin embargo, en lo alto de la avenida, aparecieron luces y bajaron zigzagueantes hasta ella. Se detuvo, percibió un ruido de élitros y, detrás de las luces que aumentaban, vio por fin enormes albornoces bajo los cuales centelleaban frágiles ruedas de bicicletas. Los albornoces la rozaron y en la oscuridad surgieron tres luces rojas que desaparecieron en seguida. Continuó su carrera hasta el fuerte. En medio de la escalera, la quemadura del aire en sus pulmones fue tan cortante que quiso detenerse. Un último ímpetu la echó, a pesar de sí, hasta la terraza, contra el parapeto que ahora le oprimía el vientre. Jadeaba, y todo se confundía ante sus ojos. La carrera no la había hecho entrar en calor y temblaba aún. Todo su cuerpo temblaba. Pero muy pronto el aire frío, que tragaba en sus jadeos, se deslizó regularmente en ella, un tímido calor empezó a nacer en medio de sus estremecimientos. Sus ojos se abrieron por fin a los espacios de la noche.

Ningún soplo, ningún ruido, salvo, a veces, el crepitar sofocado de las piedras que el aire frío convertía en arena, turbaban la soledad y el silencio que la rodeaba. Pero al

cabo de un instante le pareció que una especie de pesada rotación arrastraba al cielo por encima de ella. En la espesura de la noche seca y fría, millares de estrellas se formaban sin tregua y, no bien se apartaban, sus hielos centelleantes empezaban a deslizarse hacia el horizonte, insensiblemente. Janine no podía arrancarse de la contemplación de esas luces a la deriva. Giraba con ellas y el mismo encaminamiento inmóvil la reunía poco a poco con su ser más profundo, allí donde ahora se combatían el frío y el deseo. Ante ella, las estrellas caían una a una, luego se apagaban entre las piedras del desierto y, cada vez, Janine se abría un poco más a la noche. Respiraba, olvidaba el frío, el peso de los seres, la vida demente o regular, la larga angustia de vivir y de morir. Después de tantos años en que, huyendo del miedo, había corrido como loca, sin objeto, se detenía por fin. A la vez, le parecía reencontrar sus raíces, la savia subía de nuevo por su cuerpo que no temblaba ya. Apretándose con todo su vientre contra el parapeto, tendida hacia el cielo en movimiento, esperaba tan sólo que su corazón, aún trastornado, se apaciguara a su vez y que el silencio se hiciera en ella. Las últimas estrellas de las constelaciones dejaron caer sus racimos un poco más abajo sobre el horizonte del desierto, y se inmovilizaron. Entonces, con dulzura insoportable, el agua de la noche comenzó a llenar a Janine, sumergió el frío, subió poco a poco del fondo oscuro de su ser y desbordó en olas ininterrumpidas hasta su boca llena de gemidos. Un instante después, el cielo entero se extendía sobre ella, tirada de espaldas sobre la tierra fría.

Volvió al hotel, entró en el cuarto, tomando las mismas precauciones. Marcel no se había despertado. Pero gruñó cuando ella se acostó a su lado y, segundos después, se incorporó bruscamente. Habló, y ella no comprendió lo que decía. El se levantó y encendió la luz, que la abofeteó en la cara. Balanceándose, él caminó hasta el lavabo, llenó un vaso de agua y lo bebió a grandes sorbos. De pronto, cuando iba a deslizarse bajo las sábanas, apoyó una rodilla sobre la cama; la miró sin comprender. Ella lloraba, lloraba, sin poder retener sus lágrimas. "No es nada, querido —decía—, no es nada".*

ALBERT CAMUS nació en Argelia, pero del lado de los colonizadores: nació francés. Filósofo y escritor existencialista escribió *El extranjero*, *La caída*, *El hombre rebelde*. Su polémica final con Sartre es impresionante por la claridad que alcanzan en la definición de las alternativas de la libertad humana.

Murió en 1961 en un accidente de auto, justo cuando Argelia se liberaba del colonialismo.



uno de guerra



EL ANCIANO DEL PUENTE

ernest hemingway

Un anciano con anteojos de armazón de acero y ropa llena de polvo estaba sentado a un costado del camino. Un puente de pontones atravesaba el río, y carros, camiones, hombres, mujeres y niños cruzaban en ese instante. Los carros tirados por mulas se tambaleaban en la empinada orilla, al salir del puente, y los soldados prestaban ayuda empujando los rayos de las ruedas. Los camiones subían y se alejaban rápidamente, y los paisanos caminaban con esfuerzo por la polvareda, enterrándose hasta los tobillos. Pero el anciano permanecía en su sitio, sin moverse. Estaba demasiado cansado como para seguir adelante.

Mi tarea consistía en cruzar el puente, explorar la cabe-

za del mismo y comprobar hasta qué punto había avanzado el enemigo. Después de realizar este trabajo, regresé por el puente. Ya no había tantos carros, y muy poca gente cruzaba a pie, pero el anciano permanecía allí todavía.

—¿De dónde viene usted? —le pregunté.

—De San Carlos —respondió con una sonrisa.

Era su pueblo natal y, por lo tanto, le complacía mencionarlo. Ese fue el motivo de su sonrisa.

—Estaba cuidando animales —explicó.

—¡Ah! —exclamé, sin comprender del todo.

—Sí. Como verá, me quedé cuidando animales. Fui el último en abandonar la ciudad de San Carlos.

No parecía en realidad, ni pastor ni vaquero. Entonces miré sus ropas negras de tierra, su rostro gris por el polvo, y sus anteojos con armazón de acero, y dije:

—¿Qué animales eran?

—Varios animales —contestó mientras sacudía la cabeza—. Tuve que abandonarlos.

Yo estaba observando el puente y la región de aspecto africano del delta del Ebro, y me pregunté cuánto faltaría para que viésemos al enemigo, y todo el rato estuve esperando los primeros ruidos que señalarían ese acontecimiento siempre misterioso llamado contacto. El anciano no se movía de allí.

—¿Qué animales eran? —pregunté.

—Eran tres, en total —me replicó. Eran dos cabras y un gato, y también cuatro pares de palomas.

—¿Y tuvo que abandonarlos?

—Sí. Por la artillería. El capitán me dijo que me fuese a causa de la artillería.

—¿Y no tiene familia? —le pregunté mientras observaba el extremo más alejado del puente, donde los últimos carros se apresuraban a bajar por la pendiente de la ribera.

—No —dijo—, sólo los animales que mencioné. El gato, por supuesto, se salvará. Un gato puede cuidarse solo. Pero no quiero ni pensar qué será de los otros.

—¿Y de qué bando político es partidario?

—De ninguno. No me interesa la política. Tengo sesenta y seis años. He caminado doce kilómetros y creo que no puedo seguir más.

—Este no es un sitio apropiado para detenerse. Si puede llegar hasta la parte donde el camino se bifurca hacia Tortosa, allí encontrará varios camiones que lo llevarán.

—Esperaré un rato —dijo—, y después iré. ¿Y adónde van los camiones?

—A Barcelona —le respondí.

—No conozco a nadie en ese lugar, pero se lo agradezco mucho. Gracias, muchísimas gracias.

Me miró con una expresión de cansancio en sus facciones y, como tenía que compartir con alguien su preocupación, me dijo:

—El gato se salvará. Estoy seguro de eso. No hay necesidad de inquietarse por el gato. ¿Pero los otros? A ver, ¿qué le parece? ¿Qué será de los otros?

—¡Caramba! Es posible que también se salven.

—¿De veras?

—¿Por qué no, pues? —dijo, observando la orilla opuesta, donde ya no quedaba ningún carro.

—¿Pero qué pueden hacer bajo la artillería si yo no he podido quedarme a causa de eso?

—¿Dejó el palomar abierto?

—Sí.

—Entonces volarán.

—Sí, es claro que volarán. ¿Pero los otros? Es mejor no pensar en los otros.

—Ya ha descansado bastante —le indiqué—. Levántese y trate de caminar.

—Gracias —dijo mientras se ponía de pie, tambaleaba de un lado a otro y volvía a caer sentado en el polvo.

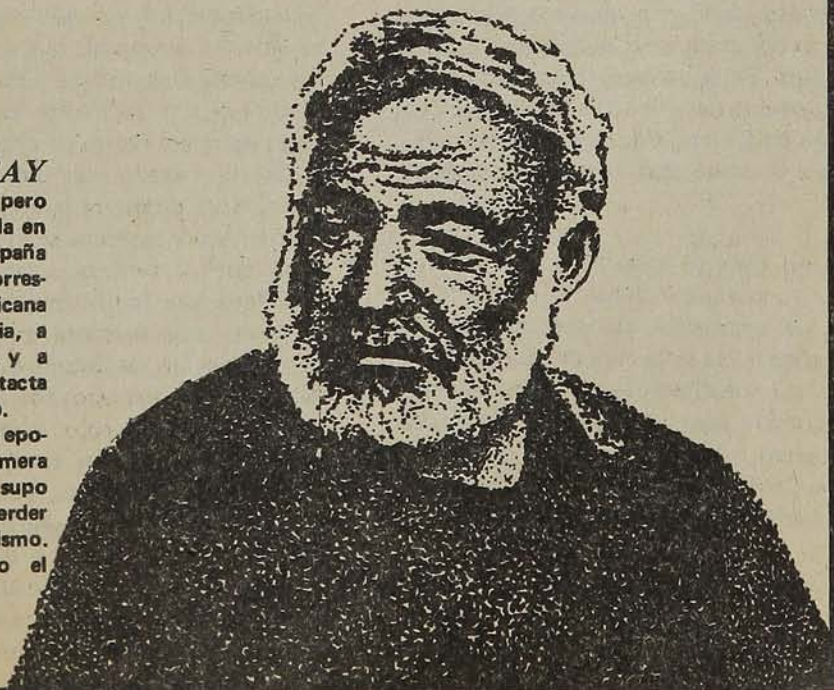
—Estaba cuidando animales —expresó lentamente, aunque ya no se dirigía a mí—. Estaba cuidando animales, nada más... nada más...

No había nada que hacer con él. Era domingo de Resurrección y los fascistas avanzaban hacia el Ebro. Era un día gris y nublado, y el cielo bajo impedía la acción de los aeroplanos. Eso y el hecho de que los gatos supieran cuidarse representaba toda la buena suerte que podía esperar el anciano.★

ERNEST HEMINGWAY

nació en Norteamérica, pero vivió buena parte de su vida en París, de donde pasó a España (el relato que publicamos corresponde a la retirada republicana por Cataluña hacia Francia, a fines de la Guerra civil), y a Cuba, donde se conserva intacta su casa convertida en museo.

Primera fila en todas las epopeyas occidentales de la primera mitad del siglo, cuando supo que se las comenzaba a perder apuntó su rifle contra sí mismo. En 1954 había recibido el Nobel de Literatura.



uno del río po

LA CHAQUETA DE CUERO

cesare pavesse

Mi padre me deja pasar el santo día en el barracón del embarcadero, porque así me distraigo y aprendo un oficio sin darme cuenta. Ahora hay una dueña gorda que grita siempre, y si hago el mínimo ademán de tocar una barca, me ve, aunque sea desde el sótano, y grita que deje lo que no es mío. Detrás del barracón están las mesitas y las sillas para los clientes, pero esta dueña no quiere que la ayude nadie, y si voy por unas consumiciones dice en seguida a su hijo que lleve él los vasos. En el barracón hace tiempo que no entro, y más aún que no subo arriba a mirar el agua y las barcas desde la ventana de Ceresa. Aquí ya no viene nadie, y mi padre está fresco si cree que todavía puedo aprender el oficio.

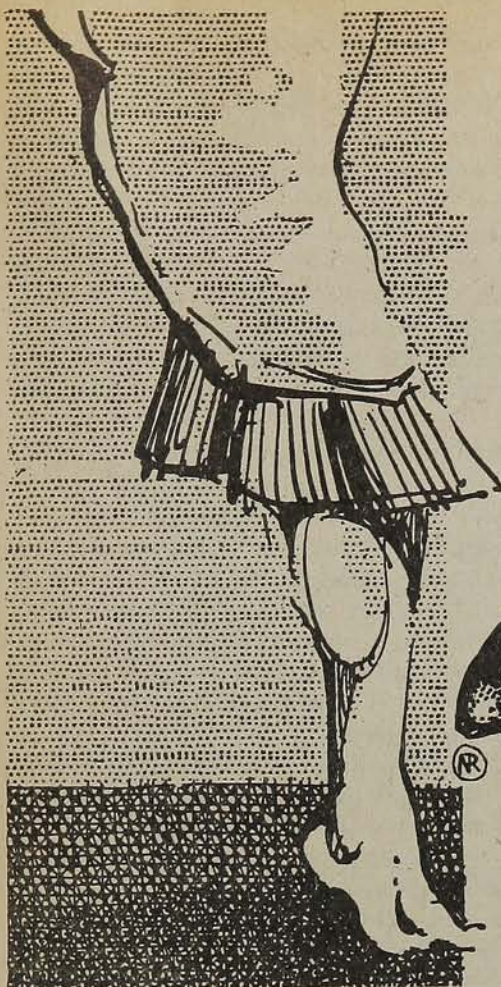
Esta madama Pina no tiene ni idea: trata a los clientes como me trata a mí. No basta con llevar la chaqueta de cuero para gobernar un embarcadero; hace falta que la gente venga de buena gana y vea en la cara del dueño que le gustan las barcas y el Po y que divertirse es una buena cosa. Ceresa sí que era el hombre para eso: parecía que jugase con todos y en las barcas pasaba más tiempo él que los clientes. Cuando estaba Ceresa no faltaban nunca risas: estábamos en el agua en bañador, preparábamos la brea, achicábamos las barcas, y en verano merendábamos con el canasto de uva sobre la mesa, bajo los árboles. Las muchachas que iban a pasear en barca se paraban a bromear bajo el cobertizo, y había una que quería que Ceresa la acompañase Po arriba. Ceresa le decía siempre que no podía aban-

donar el embarcadero y la hostería, y que viniese por la mañana temprano, antes de salir el sol. Una buena mañana la estúpida aquella vino, y Ceresa entonces le dijo que se levantara así todos los días y se le pasaría la murria.

La chaqueta de cuero, que ahora la vieja se echa sobre los hombros cuando llueve, Ceresa la llevaba siempre y me acuerdo de una vez que estábamos en la barca y se desencadenó un temporal, que se la quitó y me la dio para que me tapase. Debajo no llevaba nada, y me decía que, si hacía la vida del Po, de mayor tendría sus músculos. Llevaba un bigotillo que a fuerza de estar al sol era rubio.

El año pasado, por culpa de Nora, algunos dejaron de venir. Nora antes era la criada que llevaba las bebidas a los clientes y por la noche se marchaba; pero el año pasado, por tarde que yo me fuese a casa, ella se quedaba en el barracón y al llegar por la mañana, la veía ya mirar desde la ventana. Nora era una hermosa mujer; Ceresa no lo decía nunca, pero lo decían los jóvenes y los viejos que jugaban a bochas. Nora se quedaba apoyada en el quicio con un codo en la mano, vestida de rojo, y miraba a todos sin hablar. A mí, una vez que me senté en el escalón esperando a Ceresa, me dijo: —Vuélvete a casa, imbécil—. Pero otras veces se reía cuando me sentaba en una barca con los pies en el agua, y si alguien pedía un remo o un cojín y Ceresa no estaba, me decía que fuese a buscarlo al cobertizo.

A mí en seguida me apenó que Nora se quedase en el barracón. Antes, cuando pensaba en ella, también yo decía: "Es una hermosa muchacha" y no volvía a acordarme; pero



si ahora se quedaba con Ceresa, quería decir que verdaderamente sucedía algo extraordinario; y me apenaba porque no comprendía que podía ser.

Comían bajo el cobertizo, juntos; y yo me quedaba un rato más, para ayudarles si volvía alguna barca, que no tuviesen que levantarse; y ellos conversaban, me decían algo de vez en cuando, pero sobre todo se guiñaban el ojo y, si Nora iba a la cocina a buscar un plato, Ceresa callaba, mirando la puerta. Entre ellos hablaban como no hablaban conmigo; ni tampoco Ceresa, que con todos bromeaba, era con ella el de siempre, sino que decía según qué cosas despacio, golpeando la mesa con la punta de los dedos y mirando hacia arriba, o bien movía la cremallera de la chaqueta como si fuese un abanico, y Nora guiñaba los dos ojos y miraba la cremallera, riendo.

Se comprendía que estaban juntos para hacerse compañía, pero no para casarse, porque Nora no llevaba nunca un vestido cualquiera, de esos que se llevan para estar por casa, sino que se ponía el rojo, u otro blanco aún más bonito, y una vez lavados los platos y barrido, se quedaba en la puerta o venía a mirar el agua como hacen las chicas que alquilan las barcas. Cuando Ceresa la buscaba, ella llegaba caminando despacio y siempre parecía que no tuviese nada que hacer. En cambio la jornada era larga y no faltaba faena: ella servía en el fogón, lavaba las camisas y aún le quedaba tiempo para fumarse un cigarrillo.

Ahora que Nora era la dueña, Ceresa me decía que un día volveríamos a coger la barca él y yo, y estaríamos hasta

la noche en el Po, navegando aguas arriba, pasado el dique. Nora no venía con nosotros en barca, decía que el agua olía mal, y cuando partíamos con las redes y la cesta para pescar bajo el puente, nos miraba desde la ventana, riendo. Para pescar, Ceresa sólo se ponía la chaqueta y el taparrabos negro muy ajustado y nos echábamos al agua y colocábamos la cesta en las piedras y, mientras yo controlaba la barca, Ceresa molestaba a los peces con las manos. Sabía de un lago extraordinario, más allá del dique, del que se volvía con la cesta llena, y decía siempre que saldríamos una buena mañana para volver por la noche. Durante muchas mañanas llegué al embarcadero esperando que fuese la ocasión, pero siempre surgía algún quehacer, o bien Ceresa tenía que acabar una conversación con Nora, o embrear una barca en la que había empezado a trabajar la noche anterior, y se aplazaba.

Acabé yendo por mi cuenta, al otro lado del dique. Un día que Ceresa tenía algo que hacer en Turín, yo me quedé solo con Nora que limpiaba verdura en un cubo, bajo el cobertizo. Nora no me quitaba ojo, sin hablarme, y entonces me aburrí. Le dije que cogía la barca y partí. Estuve hasta mediodía en el agua y volví convencido de que aquel día no vería a Ceresa y que haría mejor yéndome a casa. En cambio Ceresa había vuelto y sonreía desde la ventana mientras se ponía la chaqueta, y me dijo que subiera. Di un paso pero luego vi a Nora contra el quicio, que me miraba de soslayo, y no me atreví a entrar. Dije —Ceresa está llamando—, y fui al cobertizo a dejar el remo. Nora me miró

fijamente y luego subió ella.

Por la mañana era el mejor momento, porque siempre se podía esperar más que por la noche. Por la noche tenía que irme, porque después de cenar Ceresa y Nora se vestían y se cogían de bracete: iban a Turín, al cine, a pasear. El embarcadero quedaba vacío, cerraban la hostería al oscurecer. Antes siempre había alguien y Ceresa nos entretenía: él no tenía frío, se quedaba en taparrabos incluso de noche. Me daba rabia que Nora, que no tomaba nunca el sol y tenía que estar blanca como la panza de un pez, le tutease y anduviera siempre de bracete con él. Habría dado cualquier cosa por saber hablar como ellos.

—Verás cuando me case —me dijo Ceresa una mañana—, todo volverá a ser como antes. Yo le sostenía la brea y tenía ganas de llorar. Pero no lloraba y miraba la barca, para que él no se riese. Estaba atento a que Nora no me oyese desde la cocina, aunque sabía muy bien que quería casarse de veras con ella.

—Yo no me casaría —dijo en voz baja— verás como cuando te cases, Nora no se vuelve a poner el vestido rojo y empezáis a reír.

—¿Qué le dijiste al Zucca, ayer, cuando jugaba a bochas? Ceresa lo sabía siempre todo. Pero fue el Zucca, el del bocio, quien hablando con otro había dicho que Nora era una mula y que Ceresa no debía casarse con ella. Yo sólo había escuchado al llevar los vasos.

—Tú eres un chiquillo —dijo Ceresa—, no hables como los mayores. Si Nora te dice algo, me lo dices a mí.

Pero Nora no me decía nunca nada importante. A veces me echaba a la calle. Cuando trabajábamos con Ceresa en una barca, ella nos miraba desde la puerta con cara de dueña, y yo no comprendía si miraba de este modo a mí o a Ceresa. Ahora solamente esperaba que volviese a hablar de lo mismo, para decirle que Nora era una mujer mala.

Unos días después del suceso del Zucca, esperaba en la barca a que Ceresa bajase, pero Ceresa no venía. Había subido un momento a buscar tabaco, y desde el agua veía la ventana abierta, pero como hacía buen tiempo podían venir clientes y llevarse a Ceresa, y no veía la hora de que bajase. Era una tarde calurosa y no se oía ni siquiera el rumor del agua contra las barcas. Luego entreveo la espalda de Ceresa en la ventana y oigo que habla hacia la habitación y no se vuelve para decirme algo. Entonces miro al sol, luego cierro los ojos y me los oprimo, y veía muchas manchas rojas y verdes y me aburría. Esperé no sé cuánto, y de pronto vi a Ceresa bajo el cobertizo que encendía el cigarrillo y me preguntaba que qué hacíamos. Le mostré el remo y Ceresa hizo un gesto como diciendo que no tenía ganas, pero saltó a la barca. Se dejó llevar por mí hasta el puente y estaba sentado sin hablar. Luego se arrojó al agua y pescamos, y de cuando en cuando decía algo de los peces, pero no dejaba de fumar y de erguirse para mirar el agua. Yo le hablé del bote automóvil y discutimos si iba o no con gasolina, pero él no me tomó el pelo como solía hacer, y arrojaba los peces pequeños contra el fondo de la barca diciendo: —Reventad vosotros también.

Aquella noche pasó el Zucca con su lancha y dijo: "Eh". —Tú sí que eres listo—, digo yo vertiendo el agua sobre los peces, y Ceresa le mira, luego me mira a mí riendo y me pone la mano en la cabeza y me la frota.

Y sin embargo con Nora no había reído. A las mujeres les gusta armarla o por lo menos llorar; las mujeres son dife-

rentes de nosotros. Pero con Nora callábamos; apuesto cualquier cosa a que también a él Nora le decía a veces como a mí: "Qué imbécil eres. Vete de aquí", y entonces Ceresa no tenía más remedio que doblarle la muñeca y rompersela. Sólo una vez que en presencia de dos clientes le dijo que cosiese el cojín roto de una barca, Nora cogió el cojín y lo tiró al agua. Luego se encerró arriba y no quería abrirle la puerta. Yo me puse a servir a las mesas de detrás del barracón, donde no se habían dado cuenta de nada. Ceresa no me habló en todo el día y se estuvo bajo el cobertizo limando un escalmo y afuellaba él solo la fragua y cogía los carbones todavía crepitantes con las manos y los arrojaba al Po.

Al día siguiente encuentro la puerta cerrada. Llamo no; hay nadie. Entonces me voy, porque no quería que me viesen los clientes y tener que decirles que Ceresa se había peleado. El embarcadero estuvo muerto durante dos días; luego, una buena mañana, paseaba casualmente por la orilla y veo movimiento de barcas. Había vuelto Ceresa; había vuelto Nora que estaba en la ventana y se cambiaba la blusa. Ceresa embarcaba en aquel momento a dos muchachas, de esas que se desnudan en el cobertizo y gritan estupideces. Ceresa reía y sujetaba la barca.

Por la noche hubo fiesta porque Nora había vuelto. Vinieron cinco o seis, entre barqueros y clientes —el Zucca, Damiano, los de siempre—, pero parecían más alegres y se estuvieron hasta las tantas hablando y bromeando. Todos decían que Nora tenía que bañarse, y decían que al día siguiente compraría el traje de baño y serviría en camiseta a los jugadores de bochas. Luego salió la luna y el boliche estaba claro como en pleno día; entonces Damiano trajo el vino y se pusieron a jugar. Yo me caía de sueño pero no quería irme; de eso se encargó Nora, que me dijo: —¿No te quieren en tu casa?— y entonces me fui.

Desde aquel día Nora se volvió más alegre pero con Ceresa estaba siempre dispuesta a responder, y Ceresa no hacía caso y se encogía de hombros. A veces me avergonzaba yo por él, cuando aquella bruja decía tonterías delante de los demás. Se había comprado el traje de baño, un traje rojo como el vestido, y se lo ponía a mediodía para tomar el sol mientras iba y venía por delante del cobertizo, y luego se lo tenía puesto, hasta que Ceresa la agarraba de un brazo y la miraba con el ceño fruncido. Nora tenía una piel que parecía mantequilla blanca, pero en el Po no se bañaba nunca. Cuando venían Damiano o el hijo del Zucca o soldados, se quedaba para reír con ellos y exhibirse. Yo no comprendo qué es lo que la gente encuentra en las mujeres. —Verás —me dijo una vez Ceresa—, como también a ti te gustarán.

Pero hasta ahora esto no me ha ocurrido.

Luego Ceresa se peleó con Damiano. Se peleó un día que yo no estaba, y oí hablar de ello al día siguiente, en la hostería. Llegaron a las manos y gritaban tanto que los tranviarios los oían de la otra orilla. Aquella vez miré a hurtadillas la cara de Nora, para ver si también ella estaba enfadada, pero más que enfadada me parecía asustada. En cambio Ceresa no dijo nada y vino conmigo a pescar y ese día no hubo ni un pez para un remedio, y él de la rabia cogió la cesta y la arrojó contra el machón del puente. Luego se tendió en el fondo de la barca y me dijo que le llevara a casa.

A partir de entonces, si no me decía él que había que hacer algo, yo iba de mala gana al embarcadero. Había días

que estábamos en el cobertizo sin hablar y Nora no se dejaba ver. Pero aún era peor cuando Nora daba vueltas por la cocina o servía a los clientes, porque entonces me esperaba siempre que dijese algo. Luego, una vez, busco mi barqueta —la que me había hecho yo en el banco del cobertizo cuando Ceresa me dejaba trabajar— y no la encuentro. Ceresa estaba sentado en el suelo contra el palo y le pregunto que dónde estaba la barca; él me dice que no lo sabe. Entonces corro a la cocina y se lo pregunto a Nora y la oigo que me dice, tranquila, que la ha echado a la lumbre.

Ceresa me preguntó aquel día que por qué no aprendía un oficio. —Pero si yo quiero ser barquero —respondo. —Estás loco —dice él—, ¿no lo ves que es un oficio detestable? Di a tu padre que te meta en una fábrica, díselo. Lo que a ti te conviene es hacer el servicio—. Me dio pena, no por mí, porque al fin y al cabo yo no era nada, pero por él, que ya no le gustaba el Po. Quería decirle que se casara con Nora, que así la gobernaría mejor, pero no sabía si me iba a contestar. Me puse los pantalones y volví a casa.

Nora se dio cuenta de que me la había hecho gorda, porque al día siguiente me llamó a la cocina y me buscó conversación. Me preguntó si me gustaba tanto ser barquero y si no tenía miedo de ahogarme. Yo le respondí que me gustaba porque era el oficio de Ceresa. Luego me preguntó si era capaz de llevarla en barca. —Vamos a preguntar a Ceresa si nos deja ir a ver el dique. Si mañana hace buen tiempo, iremos.

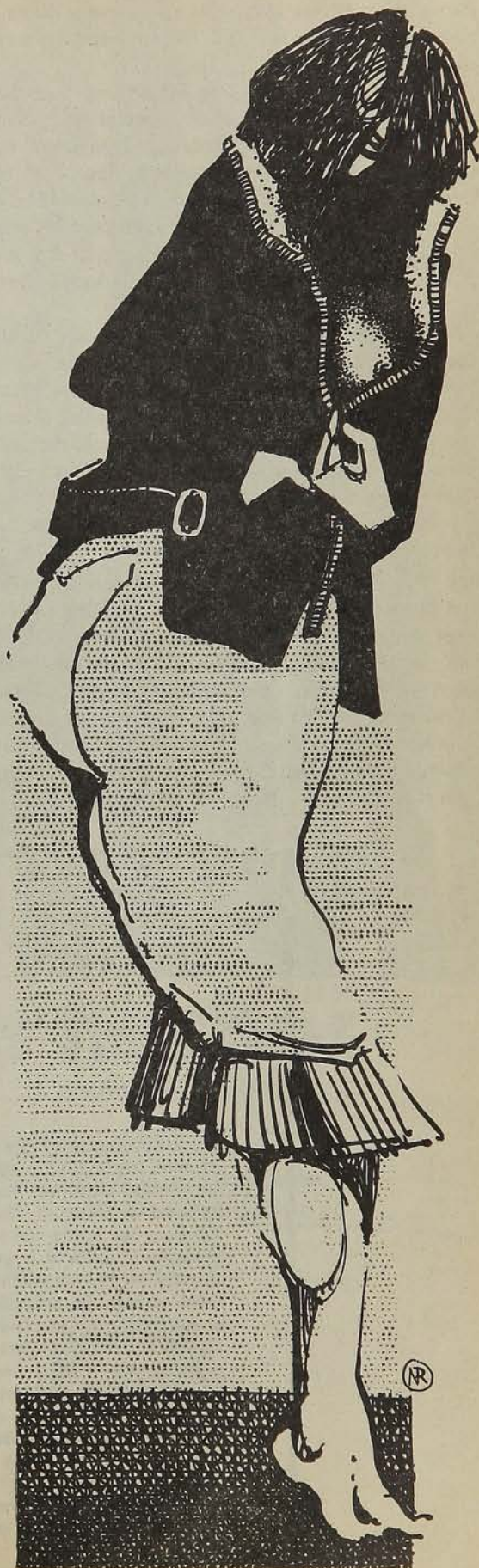
Al día siguiente se puso el traje de baño y le pidió prestada la chaqueta a Ceresa. Cogimos la cesta de la merienda y ella se sentó en los cojines; Ceresa miró cómo partía, riendo. Una vez pasado el puente me puse a remar a boga larga, y Nora me preguntó si estaba lejos. Le expliqué cómo se hacía para hundir el remo, y ella lo probó. Se puso a mi lado y por poco nos caemos al agua, las mujeres son todas lo mismo. Volvió a sentarse y me preguntó si sabía nadar en aguas profundas. Sabía que bajo el dique no se puede nadar y me dijo que nos parásemos en la desembocadura del Sangone donde el agua estaba tranquila.

Amarré la barca a tierra y, mientras ella me miraba, di una buena zambullida. Luego nadé en el Sangone y le grité que el agua estaba más fría que en el Po. Cuando llegué junto a la barca y empezaba a hacer pie, vi aparecer en la orilla a Damiano y a un soldado. Eran amigos, pero al soldado no le había visto nunca. Entonces se acercaron a la barca y empezaron a hablar con Nora. Saludé a Damiano, pero sin darle confianza. Subí a la barca y me senté.

Me daba rabia Damiano, porque sabía que remaba mejor que yo y, si Nora le decía que nos llevase al dique, yo quedaba como un estúpido. Pero Damiano y el soldado se sentaron en la orilla y empezaron a bromear. Nora respondía, y al cabo de un rato saltó también ella a tierra y dijo que quería pasear. El soldado le puso la mano en la cremallera de la chaqueta y dijo riendo: —Hace falta un poco de aire—. Era un napolitano.

Me quedé solo en la barca y pensé que, si Ceresa se llega a enterar, la que se armaba, y entonces volví al agua, para que quien pasara no viese que la barca era de Ceresa. Nora volvió que era ya de noche, y me dijo que no teníamos que decir a Ceresa que habíamos visto a Damiano. Eso ya lo sabía yo.

Pero al día siguiente intentó hacerse llevar de nuevo —esta vez a los Mulini— y me vi obligado a no ir al embar-



cadero, porque entre Ceresa que insistía y ella que me miraba como hacen las mujeres cuando están enfadadas, no podía decir que no. Fui hacia el atardecer y la encontré que se había puesto ya la falda, pero, en vez de la blusa, llevaba aún la chaqueta de cuero. Se conoce que ahora llevaba el traje de baño bajo la falda. Me miró con mala cara, pero yo me quedé con Ceresa.

Eran hermosas las mañanas de septiembre, cuando el Po levantaba la niebla y esperábamos a que el sol la disipase poco a poco. Ahora siempre había algo que hacer, en la fragua o con la brea, y Nora no aparecía demasiado temprano porque iba a la compra. Ceresa hablaba menos que antes, pero estaba a gusto con él porque comprendía que se sentía desganado, y me dejaba trastear a mis anchas en el cobertizo. De vez en cuando decía algo, y le hacía compañía de ese modo.

Llegó finalmente la temporada de la uva, y una tarde arrancamos unos racimos de las parras que cubrían la hostería y merendamos con el cubo al lado. Estaba también Nora y comíamos los tres, riéndonos. Nora decía que había que ir con cuidado porque de noche la robaban. Luego, para mostrarnos dónde los ladrones podían esconderla, abrió la cremallera de la chaqueta. Entreví que debajo iba desnuda, y vislumbé algo blanco y pintojo: no llevaba el bañador. Cerró en seguida.

Mientras nosotros merendábamos, había dos soldados que bebían cerveza en un rincón, y uno me parecía cabalmente aquel amigo de Damiano que había bromeado con Nora. Pero, ¿cómo podría asegurarlo?, se parecen todos. Nora, al servirles la cerveza, no se había detenido a hablar.

Pero al cabo de una hora les volví a ver riendo y hablando con Nora, tan tranquilos. Ceresa se había metido en casa. Vi cómo Nora se inclinaba sobre la mesa y cómo el soldado alargaba la mano, igual que el otro día, pero esta

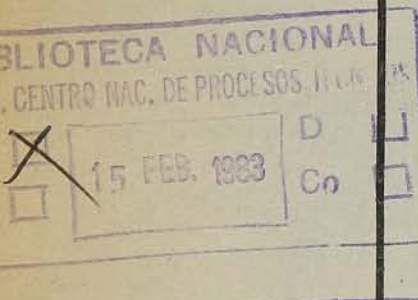
vez tiraba de la cremallera hacia abajo, y Nora, echada hacia delante, reía con ellos. Sólo me volví al darme cuenta de que Ceresa estaba en la puerta. Me llamó, sin añadir una palabra.

Poco después yo estaba solo en la bolera, las mesas vacías, Nora y Ceresa en la casa. Me quedé escuchando por si gritaban, pero no había el menor movimiento. Sólo tenía miedo de que llegase un cliente, o regresara una barca, y tener entonces que llamar a Ceresa. En las plantas dormía el aire y estaba anocheciendo; tenía frío. Más allá de las plantas oía a los pájaros que volaban bajo. Por la escarpadura no pasaba ni un automóvil. Todo parecía muerto.

Tuve vergüenza, miedo, no sé. Pensaba aún en aquella blancura de Nora. Me pareció como si todo gritase y que me llamaban. Luego se abrió la ventana y Ceresa se asomó y dijo: —Pino, arrea a casa—. Cerró en seguida.

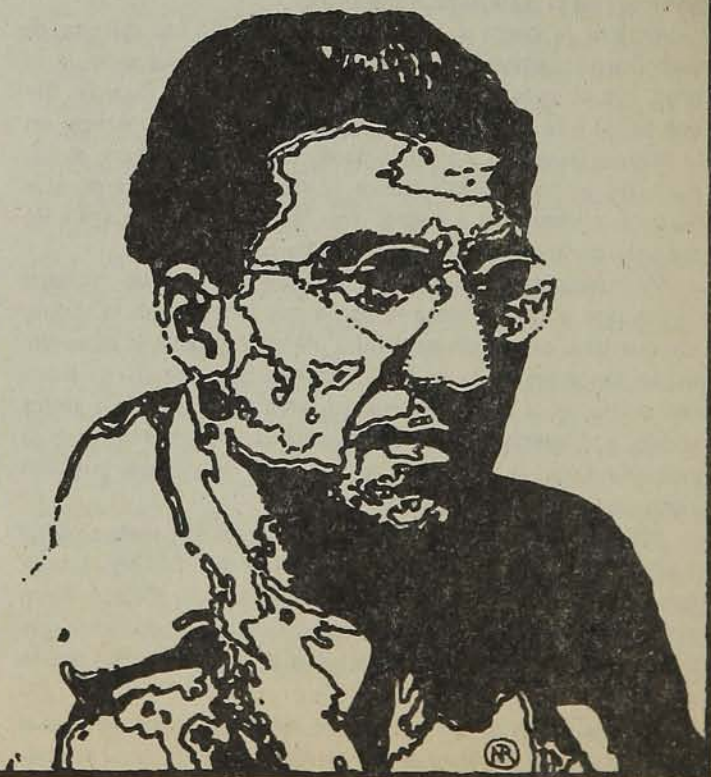
Al día siguiente volví con el corazón en un puño. Pasé por la escarpadura sin descender; el embarcadero estaba tranquilo, en medio de las plantas. No había nadie. De todas formas tenía que llevar un recado al fielato. Pero después de comer me decidí: Ceresa debía saberlo que yo no tenía ninguna culpa. Veo una aglomeración de barcas que van y vienen frente al embarcadero; veo a dos de paisano parados junto a un automóvil, a la entrada del sendero. Comprendo que no se puede pasar y entonces doy la vuelta al prado. En el cobertizo todos van de un lado a otro, pero Ceresa no está. Entonces encuentro al hijo del Zucca que me dice que Ceresa ha estrangulado a Nora y la ha arrojado al Po.

Yo quería verle para decirle lo de aquel día en el Sango-ne, pero nos hicieron despejar a todos y cuando él salió se oyó solamente el zumbido del automóvil. Después me dijo mi padre que cuanto menos hablase de aquello mejor. Para mí y para todos. *



CESARE PAVESE vivió 42 años (entre 1908 y 1950) en las verdes laderas del Piemonte italiano, primero, y luego en Turín, a las orillas del río Po. Misógino y solitario a ultranza, se mató en la habitación de un hotel turinés. Su aproximación al suicidio fue registrándola en *El oficio de vivir*, diario que comenzó en 1935 y concluyó minutos antes de su muerte.

Apresado en 1936 por el fascismo, Pavese pensaba que antaño la fuerza servía a las ideologías, pero ahora la relación se da a la inversa: son éstas las que sirven a la fuerza.



LA VERDAD

está en los hechos

La verdad está en los hechos... y usted tiene derecho a saberla.

El Diario de Cooperativa está con la verdad y la dice. En sus cuatro ediciones diarias le informa cuándo y porqué se producen las noticias para que usted se forme su propia opinión.

El Diario de Cooperativa se transmite de 6:00 a 8:30, de 13:15 a 14:00, de 19:00 a 20:00 y de 00 a 0:20 horas.



**Radio
Cooperativa**

En el 76 de su dial A.M.

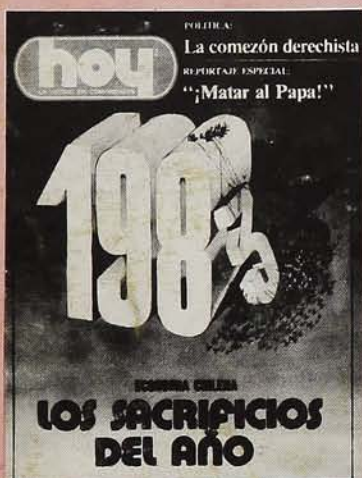
RECIBA



LOS MARTES

EN SU CASA U OFICINA

Y ENTERESE ANTES DE LA VERDAD



SUSCRIBASE A



VALOR DE LA SUSCRIPCION SEMESTRAL
EN LA REGION METROPOLITANA \$ 2.200

Revista "HOY", Monseñor Miller N°74 (Entre Condell y Seminario)
Teléfono: 2236102